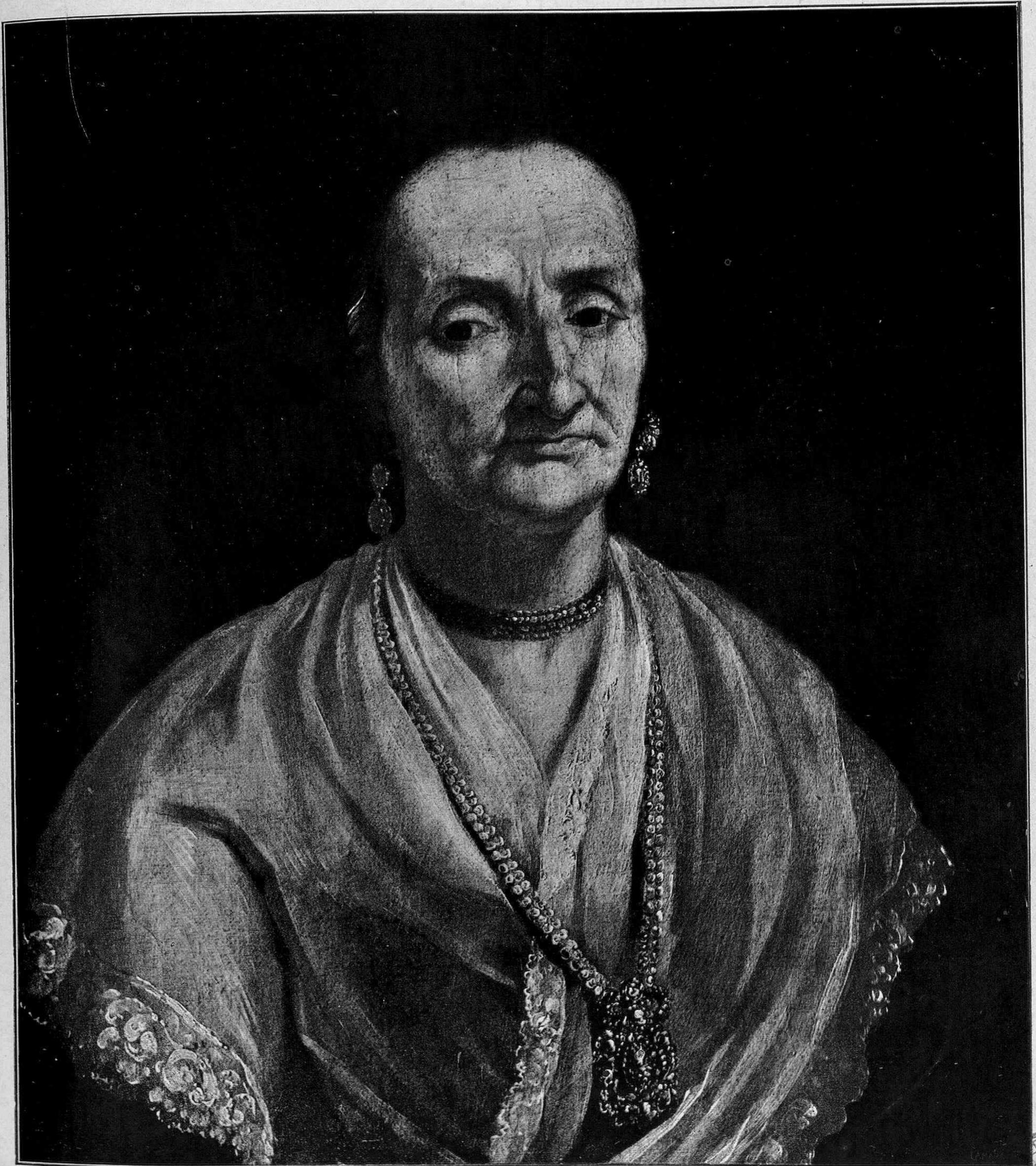


La Esfera

Año V • Núm. 249

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE LA MADRE DEL AUTOR, cuadro de Francisco Bayeu, propiedad del duque del Infantado

ATE
BIBLIOTEC
MAD

Modas femeninas que no cambian nunca :

Una tez hermosa y un cutis suave y blanco

"NIEVE 'HAZELINE'"

(Marca de Fábrica)

("HAZELINE' SNOW" TRADE MARK)

embellece el cutis y capacita á toda mujer á seguir estas modas.

En todas las Farmacias y Droguerías
Burroughs Welle me y Cia.
Londres

La "Nieve" Hazeline" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema "Hazeline."

SP.P. 1506

All Rights Reserved



FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exíjase la marca **Phosphatine Falières** y desconfíese de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme á procedimientos científicos, es *inimitable*.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

ELIXIR ESTOMACAL

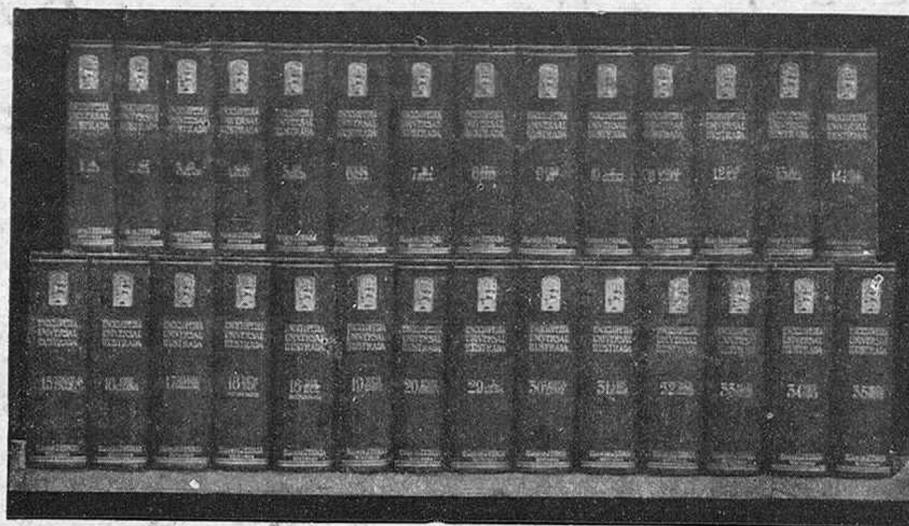
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



"ENCICLOPEDIA ESPASA"

FOTOGRAFÍA
BIEDMA
ALCALÁ
23
HAY ASCENSOR
Casa de primer orden

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

LEA USTED
LOS VIERNES

**NUEVO
MUNDO**

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
40 cénts. en toda España

HERMOSURA DEL CUTIS



—¿Qué quíe decir Peura?
—PECA-CURA, querrás decir; pues...
cómo te lo explicaré... Es lo mismo que la
Santísima Trinidad, ¿tú sabes? Tres cosas dis-
tintas: elegancia, fragancia y tersura, que ha-
cen una sola: hermosura. ¿Has comprendido?

¡SIEMPRE VEINTE AÑOS!

USANDO LOS PRODUCTOS

PECA-CURA

JABÓN

CREMA

POLVOS

AGUA CUTÁNEA

AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

CONSERVAS TREVIJANO

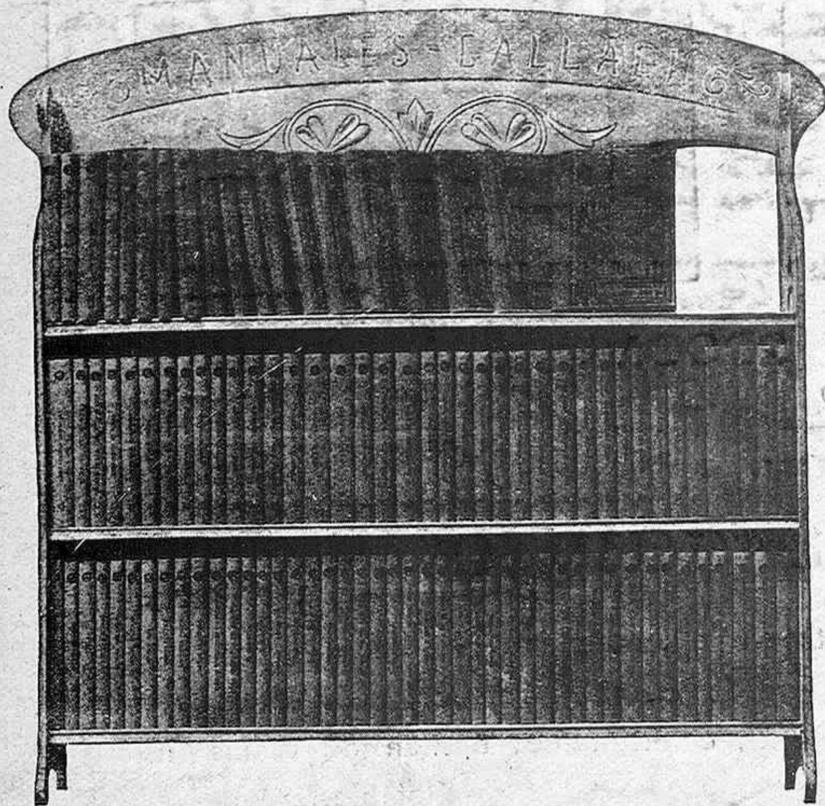
LOGROÑO

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directa-
mente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª,
únicas personas autorizadas.



Cualquiera que sea su carrera,
arte, profesión, oficio ó industria,
en la famosa colección de

MANUALES GALLACH

encontrará usted el libro que le interesa

Los MANUALES GALLACH instruyen
Los MANUALES GALLACH educan
Los MANUALES GALLACH cumplen una misión patriótica
Los MANUALES GALLACH no deben faltar en ningún hogar

Son archivo valiosísimo de lo que piensan y dicen los privilegiados cerebros de sabios especialistas, que han colaborado á nuestra singular obra de cultura para ayudarnos en la ardua empresa de divulgar, en libros económicos y presentados con primor, las diferentes ramas del saber humano. Llevamos publicados 106 volúmenes, y el éxito queda demostrado ante la cifra de 25.000 colecciones vendidas á particulares, Escuelas, Institutos, Bibliotecas y á varios Gobiernos de América, aparte de la enorme cantidad de volúmenes sueltos que continuamente circula por todos los pueblos de habla española

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | | | | | | |
|---|--|---|---|--|---|---|
| 1.—Química General, por el Dr. Luanco. Pts. 1'50 | 18.—Meteorología, por D. A. Arcimis. Pts. 1'50 | 34.—Bases del Derecho Mercantil, por D. L. Benito. Pts. 1'50 | 48.—Operaciones de Bolsa, por D. J. Bertrán. Pts. 1'50 | 62.—Galvanoplastia y Electrólisis, por R. Yesares. Pts. 2'50 | 79.—Geografía General, por Emilio H. del Villar. Pts. 3'50 | 93.—Maravillas de la Ciencia, por D. J. Usunáriz. Pts. 1'50 |
| 2.—Historia Natural, por el Dr. De Buen. Pts. 1'50 | 19.—Análisis Químico, por D. J. Casares. Pts. 1'50 | 35.—Antropometría, por D. T. de Aranzadi. Pts. 1'50 | 49.—Higiene Industrial, por D. J. Eleizegui. Pts. 2'50 | 63.—Educación de los niños, por F. Climent. Pts. 3 | 80.—La familia y los enfermos, por D. J. I. Eleizegui. Pts. 2 | 94.—Derecho internacional, por D. Aniceto Sela. Pts. 2 |
| 3.—Física, por el Dr. Lozano. Pts. 1'50 | 20.—Abonos industriales, por D. A. Maylin. Pts. 1'50 | 36.—Las provincias de España, por D. M. Vialcusa. Pts. 2'50 | 50.—Formulario de Correspondencia Francés Español, por don J. Meca. Pts. 2'50 | 64.—El Microscopio, por D. Ernesto Caballero. Pts. 1'50 | 81.—Elementos de cálculo mercantil, por L. de la Fuente. Dos tomos. Pts. 5 | 95.—El Boxeo y la Esgrima del Bastón, por A. Barba. Pts. 1'50 |
| 4.—Geometría General, por el Dr. Mundi. Pts. 1'50 | 21.—Unidades, por D. C. Banús. Pts. 1'50 | 37.—Formulario Químico-Industrial, por don P. Tillas. Pts. 1'50 | 51.—Motores de Gas, Petróleo y Aire, por R. Yesares. Pts. 2'50 | 65.—Diccionario de Argot Español, por L. Besses. Pts. 2'50 | 82.—Teoría de la literatura y de las artes, por D. H. Giner de los Rios. Pts. 2 | 96.—Foot - Ball, Baseball y Lawn-Tennis, por A. Barba. Pts. 1'50 |
| 5.—Química Orgánica, por el Dr. Carracido. Pts. 1'50 | 22.—Química Biológica, por el Dr. Carracido. Pts. 1'50 | 38.—Valor social de Leyes y Autoridades, por D. Pedro Dorado. Pts. 1'50 | 52.—Las bebidas alcohólicas. — El alcoholismo, por D. A. Piga y D. Aguado Marinoni. Pts. 1'50 | 66.—Piedras Preciosas, por Marcos J. Bertrán. Pts. 2'50 | 83.—Manual del Naturalista preparador, por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 1'50 | 97.—El gas pobre y sus aplicaciones á la fuerza motriz y á la calefacción, por M. R. y Bellvé. Pts. 2 |
| 6.—La Guerra Moderna, por D. M. Rubió. Pts. 1'50 | 23.—Bases para un nuevo Derecho Penal, por el Dr. Dorado. Pts. 1'50 | 39.—Canales de riego, por D. J. Zulueta. Pts. 2 | 53.—Formulario de Correspondencia Inglés-Español, por D. J. Meca. Pts. 2'50 | 67.—Manual de Mecánica Elemental, por Forner Carratalá, Tomo I: Mecánica general. Pts. 2 | 84.—Documentos Mercantiles, por Francisco Grau Granell. Pts. 3 | 98.—La abeja y sus productos (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 2 |
| 7.—Mineralogía, por el Dr. S. Calderón. Pts. 1'50 | 24.—Fuerzas y Motores, por D. M. Rubió. Pts. 1'50 | 40.—Arte de Estudiar, por D. M. Rubió. Pts. 1'50 | 54.—Carpintería práctica, por D. E. Heras. Pts. 2 | 68.—Tomo II: Mecánica aplicada. Pts. 2 | 85.—Pozos Artesianos, por Lucas F. Navarro. Pts. 1'50 | 99.—Manual de rimas selectas (pequeño Diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 2 |
| 8.—Ciencia Política, por D. Adolfo Posada. Pts. 1'50 | 25.—Gusanos parásitos en el hombre, por el Dr. Marcelo Rivas. Pts. 1'50 | 41.—Plantas medicinales, por D. B. Lázaro. Pts. 2'50 | 55.—Instituciones de Economía Social, por D. J. Torrembó. Pts. 2 | 69.—Los Remedios Vegetales, por Alfredo Opisso. Pts. 2 | 86.—Las Repúblicas Hispano-Americanas, por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 5 | 100.—Manual del pintor decorador, por don José Cuchy. Pts. 1'50 |
| 9.—Economía Política, por el Dr. J. Piernas. Pts. 1'50 | 26.—Fabricación del Pan, por D. N. Amorós. Pts. 2 | 42.—A, B, C del Instalador y Montador Electricista. — Tomo I.— Instalaciones privadas, por D. Ricardo Yesares. Pts. 2'50 | 56.—Prontuario del idioma, por D. E. Oliver. Pts. 3 | 70.—Vinificación moderna, por D. Diego de Rueda. Pts. 2'50 | 71.—Plantas industriales, por D. Alfredo Opisso. Pts. 2 | 101.—El Dibujo para todos, por V. Masriera. Pts. 3 |
| 10.—Armas de Guerra, por D. J. Génova. Pts. 1'50 | 27.—Aire Atmosférico, por D. E. Mascareñas. Pts. 1'50 | 43.—A, B, C del Instalador y Montador Electricista. — Tomo II.— Estaciones centrales y Canalizaciones, por D. R. Yesares. Pts. 2'50 | 57.—Máquinas e instalaciones hidráulicas, por D. J. de Igual. Pts. 2'50 | 72.—Cerrajería práctica, por Eusebio Heras. Pts. 2 | 73.—El Arte del Perodista, por D. Rafael Mainar. Pts. 2'50 | 102.—América Sajón, por Emilio H. del Villar. Pts. 3 |
| 11.—Hongos comestibles y venenosos, por D. Blas Lázaro. Pts. 1'50 | 28.—Hidrología Médica, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 1'50 | 44.—Medicina doméstica, por D. A. Opisso. Pts. 2 | 58.—Pedagogía Universitaria, por D. Francisco Giner de los Rios. Pts. 2'50 | 74.—La Electricidad en la Agricultura, por don R. Yesares. Pts. 2 | 75.—Telegrafía Eléctrica, por F. Villaverde Navarro. Pts. 2 | 103.—Agrimensura, por J. Ferré. Pts. 3 |
| 12.—La Ignorancia del Derecho, por D. J. Costa. Pts. 1'50 | 29.—Historia de la Civilización Española, por D. Rafael Altamira. Pts. 2 | 45.—Contabilidad Comercial, por D. J. Prats. Pts. 3 | 59.—Gallinero práctico, por D. C. de Torres. Pts. 3 | 76.—La Electricidad en la Agricultura, por don R. Yesares. Pts. 2 | 77.—Rudimentos de Cultura Marítima, por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3 | 104.—Estética, por don A. Opisso. Pts. 3 |
| 13.—El Sufragio, por el Dr. A. Posada. Pts. 1'50 | 30.—Las Epidemias, por D. F. Montaldo. Pts. 1'50 | 46.—Sociología contemporánea, por D. A. Posada. Pts. 1'50 | 60.—Dai Nipón (El Japón), por D. A. García. Pts. 3 | 78.—Telegrafía Eléctrica, por F. Villaverde Navarro. Pts. 2 | 78.—Rudimentos de Cultura Marítima, por Alfonso Arnau. Tomo II. Pts. 3 | 105.—Floricultura, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3'50 |
| 14.—Geología, por don José Macpherson. Pts. 1'50 | 31.—Cristalografía, por L. Fernández. Pts. 2 | 47.—Higiene de los alimentos y bebidas, por D. J. Madrid. Pts. 1'50 | 61.—Cultivo del Algodonero, por D. Diego de Rueda. Pts. 2 | 79.—Medicina social, por A. Opisso. Pts. 2 | 80.—Ascensores Hidráulicos y Eléctricos, por Ricardo Yesares. Pts. 2 | 106.—Flores artificiales, por Dolores Andreu. Pts. 3'50 |
| 15.—Pólvoras y explosivos, por D. C. Banús. Pts. 1'50 | 32.—Artificios de fuego de guerra, por D. José de Losada y Canterac. Pts. 1'50 | | | | | |
| 16.—Armas de Caza, por D. J. Génova. Pts. 1'50 | 33.—Agronomía, por don A. López. Pts. 1'50 | | | | | |
| 17.—La Guinea Española, por D. R. Beltrán. Pts. 1'50 | | | | | | |

Precio total, á plazos y al contado: **214,50 ptas.**

A los compradores de la colección completa les regalamos un hermoso mueble para colocar los tomos

EN PRENSA, REDACCIÓN Y ESTUDIO, **CIENTO CINCUENTA** INTERESANTÍSIMOS TEMAS

“CALPE”

COMPANÍA ANÓNIMA DE LIBRERÍA, PUBLICACIONES Y EDICIONES
CONSEJO DE CIENTO, 416 Y 418 □ APARTADO DE CORREOS, 89 □ BARCELONA

PEELE

POEMAS EN PROSA

(Inéditos)

POEMA NÚM. 2

"VIOLETA DEL EGIPTO"



O H, débil momia! Perdón si vengo á turbar tu sueño... Quisiera dialogar con tu silencio impregnado de un pasado de esperanza...

Mi corazón trae sobre sí la carga pesada de un amor ininteligible...

Abre tus ojos cerrados...

¿Qué es lo que ves en la noche de los sarcófagos?

De aquel tiempo en que eras la princesita de los lotos blancos y en que los hombres solían amar, ¿qué recuerdas?

Para conservarte bella siempre, joven siempre, el amor inventible de aquellos hombres inventó para ti el secreto de la Eternidad...

Para que tu cuerpo no se perdiera y no

volara confundido con el polvo del "no ser", te guardaron, ¡oh, momia!, en este recinto augusto, celosamente, vestida de cintas inviolables...

Todo esto lo sabía yo.

Pero tu alma, ¡oh, momia!, tu alma azul del Nilo, y el alma de tus hermanas de hoy, que se adivina á través de una sonrisa, que embalsama como una primavera jamás conocida, ¿dónde está?

Dime...

¿Sería esta flor de violeta que duerme fresca aún sobre tu seno, desde

hace siglos, la que guardaba el perfume de la mujer?

Dime... dime... El alma de la mujer, ¿es su perfume?

(Prohibida la reproducción)



Fot. Walken

"VIOLETA DEL EGIPTO" tiene el perfume de las flores naturales

Los preparados "PEELE", Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial á la epidermis ni á la salud.

De venta en todas las Perfumerías, Farmacias y en



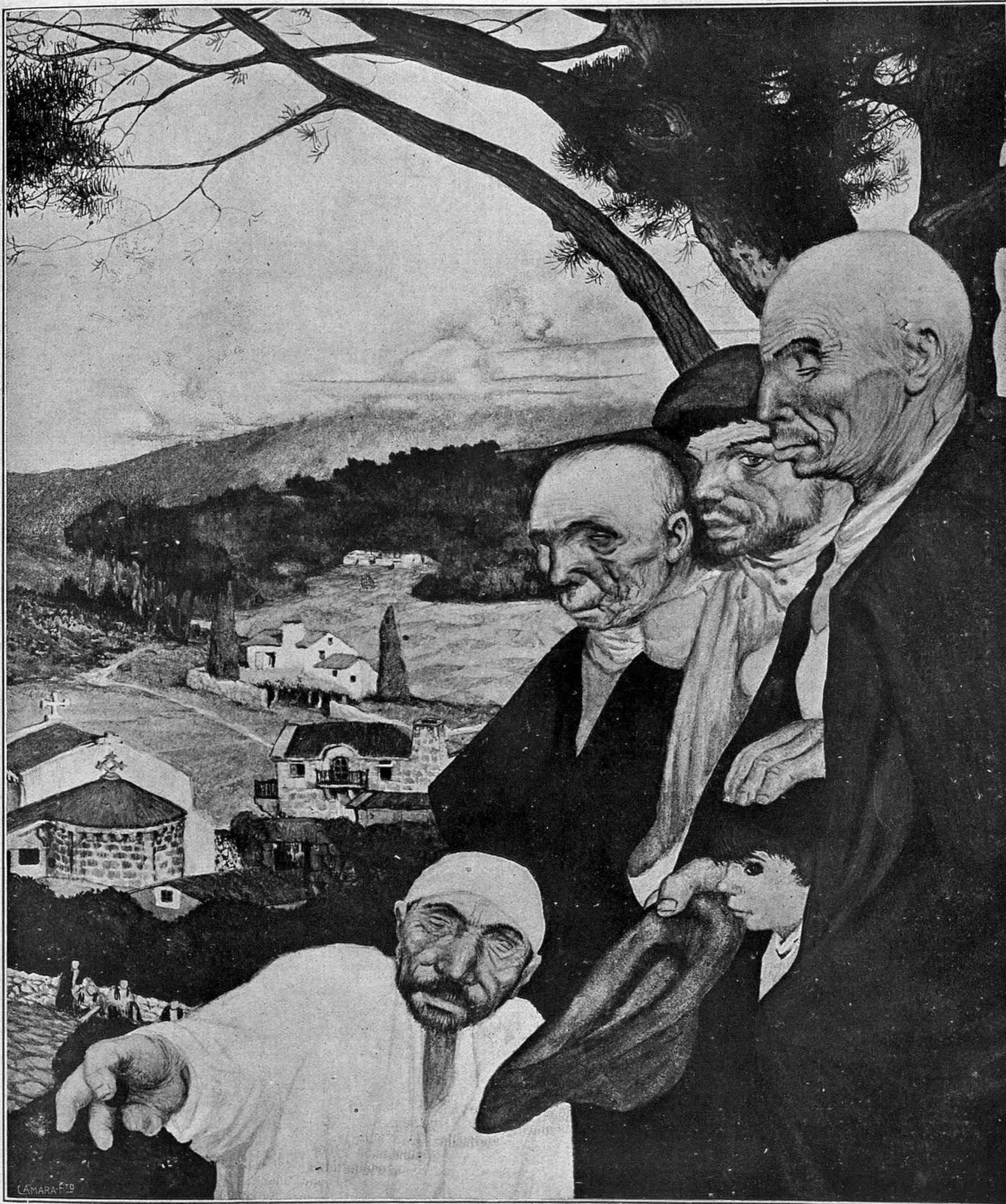
CASA PEELE MADRID
CARRERA DE SAN JERONIMO, 40

La Esfera

Año V.—Núm. 249

5 de Octubre de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LOS CIEGOS

Dibujo de Alfonso R. Castelao

AT. N. O. DE
BIBLIOTECA
MADRID

CÁMARA FOTO



DE LA VIDA QUE PASA
La fiesta del Otoño en el Parque del Oeste



CUÁNTOS lo sabemos? Muy pocos. Por egoísmo, quizá fuera mejor no hablar. Que no lo supiera nadie ó casi nadie, para no vulgarizar la maravillosa fiesta. Tengo, sin embargo, la esperanza de que casi todos nuestros lectores considerarán estas líneas como literatura, y, en consecuencia, no harán caso de ellas. Bien. Así estaremos más solos nosotros en un espectáculo donde no dan nada, no hacen nada, no representan nada y, por lo tanto, se aburren la mayoría de los madrileños.

Empieza en Octubre y dura hasta bien entrado Noviembre. El escenario está en el Parque del Oeste, y el protagonista es el Otoño.

Hemos visto nacer el Parque del Oeste. Ha hecho una carrera muy rápida, que hemos ido siguiendo, sorprendidos y emocionados, como si asistiéramos al triunfo de un joven que, desde el primer día, nos pareció llamado á grandes destinos, pero que va más allá de nuestras imaginaciones. Antes no había, entre los desmontes del Modelo y la Moncloa, más que una doble hilera de álamos á orillas de aquel arroyuelo, tan sospechoso por su origen y por sus pobladores. Iba allí lo peor de Madrid, ó, por lo menos, lo más desventurado. Cuando yo era chico, al salir de clase por la tarde, á las cinco, me acuerdo de haberme escapado muchas veces en pandilla para tomar parte en la pedrea. El enemigo era otro

colegio—el ciceroniano contra la Institución—, y el campo de batalla iba hasta el cuartel de la Montaña. Mientras lucía el sol, todos valientes; luego, al caer la noche, los terraplenes tomaban un aspecto fosco y parecían terribles precipicios. Empezaban á surgir entre las sombras los verdaderos, los legítimos dueños de aquellas posiciones, y nos retirábamos todos.

Antes, he dicho. ¿Cuándo ha sido ese *antes*? Está perpetuado. No muere su recuerdo, porque lo ha guardado para siempre Galdós en una de sus páginas, quizá de las más fuertes. Era, poco más ó menos, cuando se suicidó *Miau*, allí mismo, en aquel terraplén. Si lo habéis leído, volvedlo á leer, y si no, confesad vuestra culpa. Allí se suicidó el pobre *Miau*. Alguna vez, viendo la alfombra de hierba bien regada, los abetos que crecen como fantasmas, los rosales que florecen todos los años entre su macizo de boj, pienso que el cesante de Galdós está allí debajo todavía, y que es tan bueno, que se alegra de revivir en humildes hierbecillas para que le pisen los niños. Los jardineros no saben nada de las tragedias que fueron á parar bajo aquella tierra calva. Llevaron mantillo, la abrigaron, la renovaron. Luego, se pasan el día, desde que amanece, lanzando el agua pulverizada, como una lluvia milagrosa.

En pleno Agosto no le falta á la planta más

escondida su riego amoroso, minucioso. Y la tierra vieja nota que van entrando en ella unas raíces aventureras y se sienten maternas también.

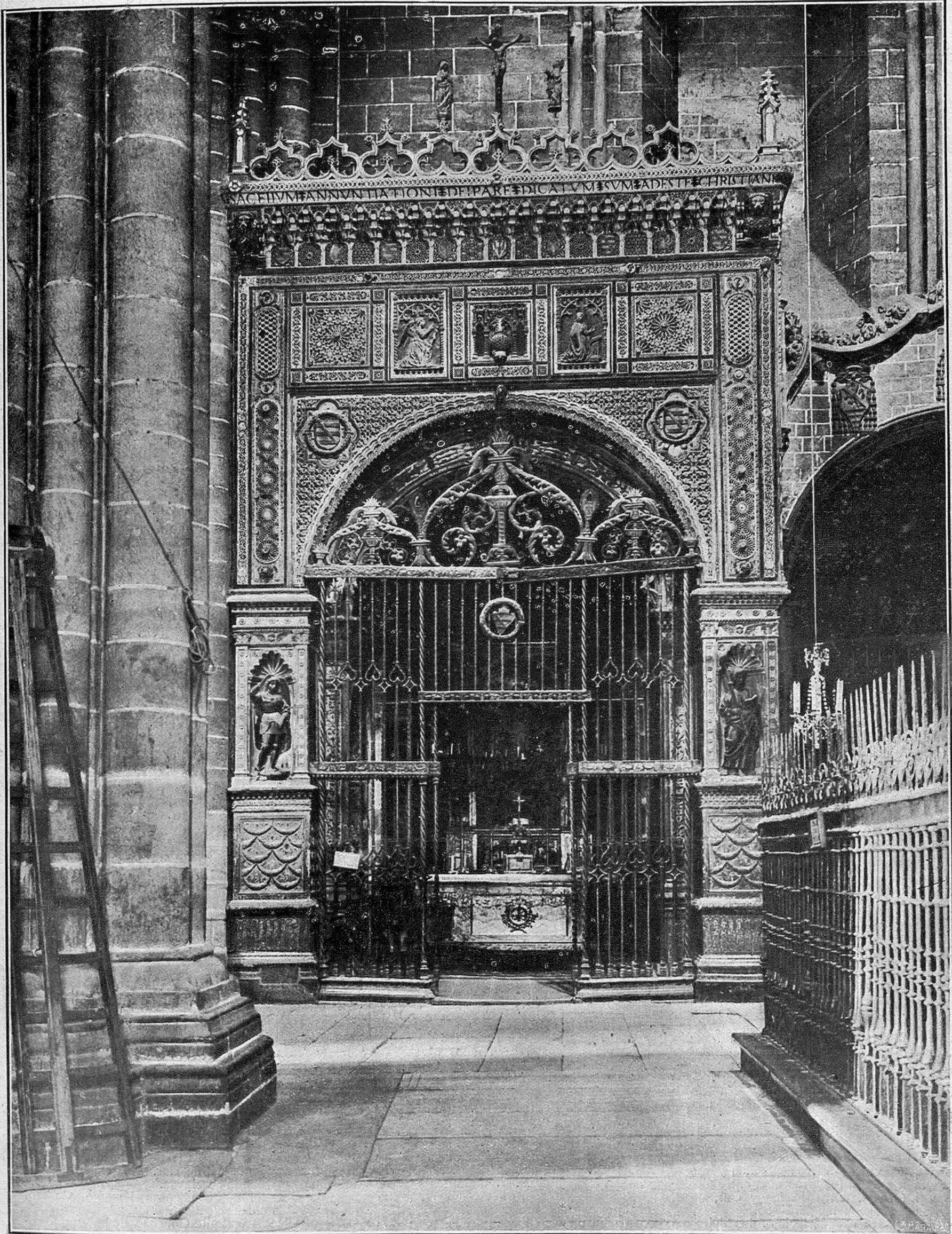
Pero la fiesta del Otoño en este Parque es espléndida, y yo me atrevo á decir que única en el mundo. Tiene el fondo de la Sierra para dar á la perspectiva una lejanía que no se compone con ningún artificio. Las laderas, que caen hasta orillas del río, ofrecen vastas ondulaciones, que fueron sabiamente aprovechadas. Ciudad grandes jardines de Londres, de París, de Berlín, de Nueva York. Todos ellos demuestran lo que puede hacer el arte en una llanura. Pero yo no quiero comparar. El Parque del Oeste no es comparable á nada.

Vale más que vayáis una de estas mañanas y, lentamente, atraveséis cualquiera de los puentecillos para subir luego hacia la Moncloa. El otoño madrileño os invita. El hará de las hojas de los árboles maravillosos juegos escenográficos. Verde, cobre, violeta; entre las ramas viejas agostadas, notas vivas que renuevan la magia del espino en flor, primavera. Y en medio de una mágica decoración de cuento infantil, el árbol gigante, que deja caer sus hojas de oro como una lluvia.

Luis BELLO

FOT. CORTÉS

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA

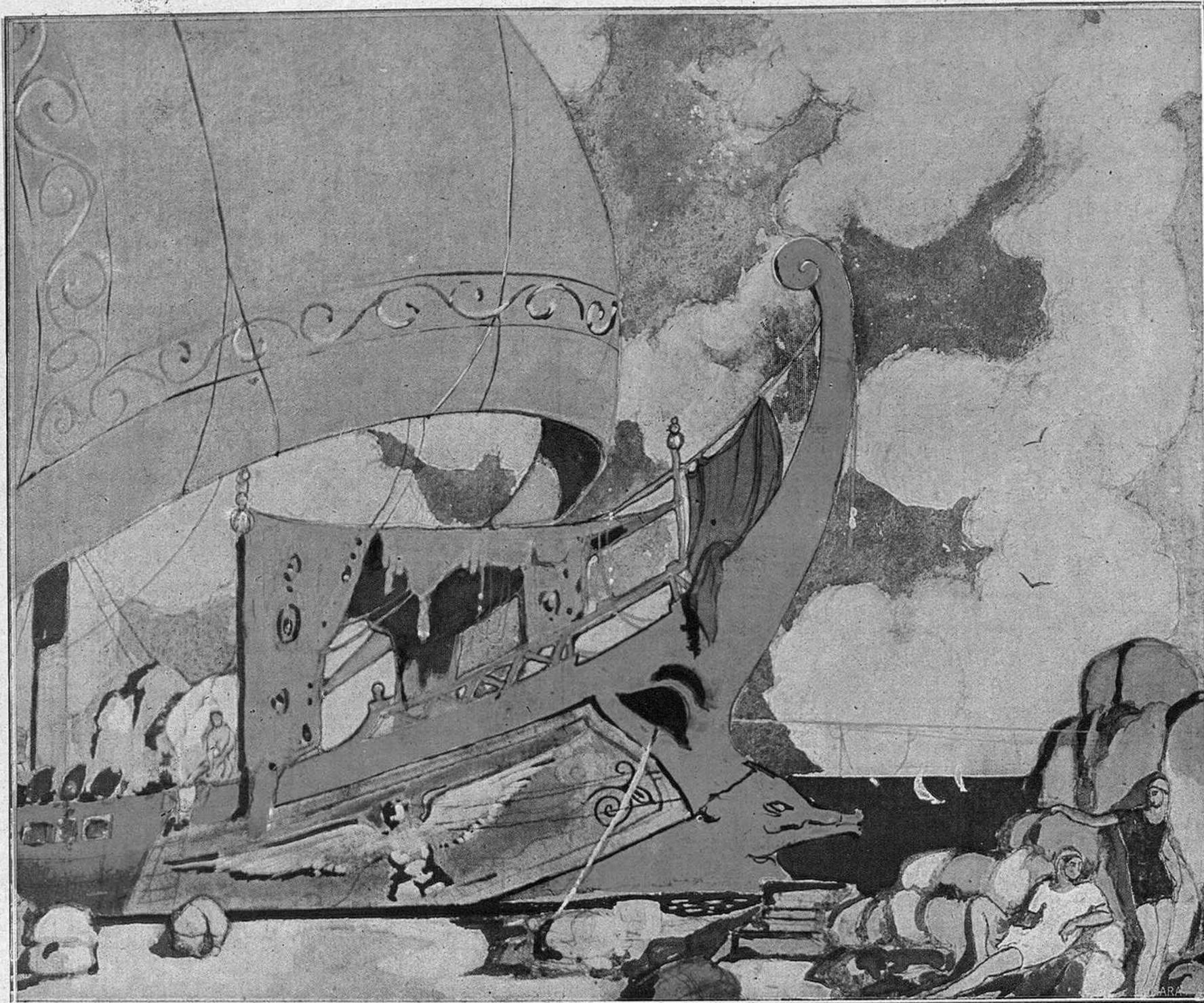


VISTA DE UNA DE LAS CAPILLAS DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA, CORRESPONDIENTE AL MÁS PURO ESTILO PLATERESCO
FOT. SALAZAR

BIBLIOTECA
MADRID

CUENTOS DE "LA ESFERA"

NAVE FENICIA



«Porque Hiram le había enviado navios por mano de sus siervos y marineros diestros en la mar, los cuales fueron con los siervos de Salomón á Ophir, y tomaron de allá cuatrocientos y cincuenta talentos de oro.»

Crónicas, 8, 17.

PRESTA á partir la nave adrumentina, anclada en el muelle bajo de Sidón, su rector ó piloto, Júbal, acompañado de Cadmo y Tharé, mercaderes riquísimos de Antakieh, y armadores ó propietarios de una inmensa flota mercante, descendieron por la escotilla central al camarote, y, sin testigos, hablaron así:

—Hombre de mar—dijo Tharé en un hebreo casi puro, con dura pronunciación púnica—, otra vez más ponemos en tus manos nuestra nave *Abyla*.

—Ellas os la devolverán—respondió con firmeza Júbal, viejo marino de Aías en la desembocadura del Djihoum, de ensortijadas barbas negras, negros ojos, negros cabellos y rostro atezado, curtido por los aires que, entre Celen-deris y Lapethus, entre Rodas y Carpathus, defienden las bellas islas del Egeo.

—No descuides los sacrificios á las deidades romanas que pueblan los mares que cruzarás. Eres un nauta audaz, pero poco religioso. ¿No crees en los dioses, Júbal?

—Eso conviene que lo crea la tripulación, así

se la maneja mejor; pero vosotros sabéis que los marinos tartesios, los mejores marinos que cruzan el mar sardo, el ligúrico, el tyrreno y el ibérico, desde Misseno á Cartago, desde las Bebrices al Eridano, desde el país de los Gimnetes al de los Rhizófagos, desde Gades á Cnosus, no creen en nada de eso. ¿Y son, por ventura, malos marineros los frigios? Yo tengo en mi nave varios de ellos: son los mejores ministros míos, y no creen cosa alguna. Debíais hablar con ellos: dicen que sus sacerdotes perdonan los pecados si se los da dinero en buena moneda de oro de Ophir; recorren las calles gritando: «¿Quién quiere curarse los males de amor?», y por unos dracmas inician á los jóvenes en las depravaciones.

—Sacrificarás, sin embargo; te lo ordenamos—dijo muy seriamente el arrugado Cadmo.

—Sacrificaré porque me lo ordenáis; nada se pierde con eso, ni el tiempo.

Tharé quiso que le sirvieran de beber, y Júbal llamó á su siervo Sabazio, mutilado en honor de Attis, y le ordenó trajera vino blanco de las montañas negras de Antakieh, vino fortísimo, agradable á la boca de hierro de la gente de mar.

Puso Sabazio sobre la mesa de palisandro un canope rebosante de espuma blanca y rosa, un vaso nilíaco cuya cabeza lloraba y reía al mismo tiempo. Tharé bebió, diciendo:

—El alfarero de Puerta Eunosta, el Flumen Dialis que hizo este vaso, conocía bien los efectos del vino.

Bebió Júbal; mas, entretanto, aunque pasaran tres largos días registrando pergaminos y tabularios, Cadmo analizaba una vez más los libros é instrucciones de la navegación. Su dedo índice, afilado y sutil como stylo romano, iba señalando en el papyro extendido líneas espesas de cifras. De vez en cuando, sin levantar su dedo y los ojos, murmuraba:

—Ten cuidado, Júbal, con los mercaderes iberos de caballos asturcones: son gente taimada y tan valerosa que, atados en la cruz romana, cantan sus peanes y escupen á los cruciferarios. Mas simulando con ellos bondad, se les engaña fácilmente. Puestos esos caballos en Ostia no deben costarnos más de quince dineros cada uno.

—Así haré. Conozco bien á esos iberos—dijo Júbal—: son leones con cerebros de conejos y maneras de zorros. Han destruído nuestras factorías, pero nosotros les hemos explotado bien.

—Claudio Máximo Quinto ha de recibir en Misseno las esclavas túrdulas que comprarás en Gades y las nueve hebreas de Gabaon que llevas en la nave. Es hombre severo y orgulloso, y no cree en el mal de mar. Procura, pues, que no se mareen las esclavas.

—Bien sería que indicaras el medio, Cadmo. Llevo en el mar cincuenta años, y lo ignoro.

—Dice la gente de Gorgos y de Soles que cociendo en agua de mar agallas de lubina, apio, hígado de asno y hiel de pavo real...

—Eso—dijo el rector de la *Abyla*—debe ser como el vino de Eleusis, el cyceon, que, bebién-

dolo, obra de tal modo sobre la razón, que la más puerca hija de un anfodarca puede creerse una diosa. Pero, ¡oh, Cadmo!, antes retoñará la hierba en tus mandíbulas, como dicen los cobardes judíos, que impedir que un viajero se maree cuando él ha decidido marearse.

—No obstante, haz que no se mareen las esclavas; dos murieron antes de llegar á Misseno la otra vez, y el tribuno romano se negó á pagarlas; y no serán esas razones tuyas las que nos resarzan de tan dolorosa quiebra.

Tharé bebía, y Cadmo contaba. Un movimiento dulce les mecía, y por la estrecha porta llegábalas, con el acre aroma del mar, el ruido del agua al chocar con el bronce que protegía las cuadernas débiles.

—Sois en la *Abyla*, Júbal, doscientos setenta y seis pasajeros. Esta mañana, antes que el sol asomara por Byblus, vino á mi oficina cierta mujer llamada Priscila, y tomó los tres últimos puestos libres de la nave. Aquí tienes sus nombres: Dámaris, Lucanus y Pablo de Tarso.

—Muchas veces he llevado en mis naves á ese hombre—dijo Tharé.

—Yo también le conozco—añadió Júbal, pensativo—. Ciertamente que es un hombre extraño y un viajero incansable. Habla mucho, y á pesar de eso es un hombre que vale.

—Nunca va solo. Le gustan las mujeres, y se hace acompañar de ellas.

—Tharé—interrumpió Cadmo—, ¿qué nos importa del viajero si no es su moneda?

—Dices bien, y bien sabes que peso como nadie el oro en la balanza; mas así se engulla el mar el Cástor y Pólux de las naves alejandrinas como ese Pablo de Tarso es admirable. ¿No has reparado, vigilante Cadmo, en que siempre es una mujer quien le paga su viaje?

—No, ni creo que eso importe, pronta á partir la *Abyla*—refunfuñó, malhumorado, Cadmo, hojeando por centésima vez las tábulas del cargamento.

Tharé parecía encariñado con su vino y el recuerdo de Pablo.

—Tiene suerte ese hombrecillo calvo y barbudo. Una mujer le paga el pasaje cada vez, y otra le acompaña. Nunca recuerdo haberle visto con la misma mujer. Esa Dámaris...

—Es ateniense, y, en efecto, le acompaña, como ese Lucas ó Lucanus—dijo Cadmo, sin levantar los ojos de los rollos cargados de cifras romanas y sus equivalentes en números fenicios, guarismos menos bellos, pero más claros y queridos.

—No es raro que le amen las mujeres—dijo Júbal—: habla bien.

—El es feo, de pequeña estatura y con el vientre de los rabinos de la Gran Sinagoga.

—Pero habla como nadie ha hablado, y las mujeres aman eso—repitió el rector.

Marcion, encargado de los bagajes, vino á decir á Júbal que la operación había terminado felizmente.

—He estivo, Júbal, con la escrupulosidad que tú nos mandas. Todo está pronto para sacarlo en las escalas que hemos de hacer. Aunque la nave se ponga boca abajo, no caerá al mar un solo fardo.

—¿Y los bueyes?

—Sobre cubierta, no lejos del ara de los sacrificios. Están bien amarrados; sabes que el mar les torna dóciles.

—¿Y los leones?

—¿No los oyes? Con los judíos que lleva el centurión Julio y que han apelado al César. Se muere de miedo esa pobre chusma; pero no hay otro sitio. La nave está cargada con exceso.

—Como tu lengua—gruñó Cadmo, irritado.

Júbal hizo cierta señal á Marcion, su segundo, y éste nada repuso.

—Los dromedarios están inquietos. La vista del mar les atemoriza.

—¿Para qué necesitarán en Roma esos dromedarios?—preguntó Tharé.

—Nerón debe preparar una nueva farsa, alguna naumaquia; cuando naufraga una nave, estos animales se muestran imponentes.

—Paga el César demasiado bien sus caprichos para criticarlos—dijo Cadmo—. Es uno de nuestros mejores clientes. A propósito, Júbal, los leones consignados á él deben llegar hermosos y bien comidos. Nos los devolverán si los ven famélicos, y los dos viajes serán de cuenta nuestra.

—Y, sobre todo, sea como sea—expuso Tharé—, deben llegar á Puteolo. Muchas veces sucede que, para salvar la nave, hay que arrojar al mar el cargamento y los pasajeros pobres. Pocas cosas sabe hacer la tripulación como ésta...

Y riendo estrepitosamente se acercó Tharé á Júbal, y le habló así:

—Antes que echar un león al agua arroja hasta... ese calvo y obeso Pablo.

—¿Es una orden?

—Sí—dijo secamente Cadmo á Júbal.

—Y si la comida de las fieras no alcanza...

Cadmo dejó de leer y miró á Júbal. Este sólo dijo:

—Entendido.

Júbal quiso salir á cubierta para ver, con sus propios ojos, los preparativos de marcha, y ordenó á Maerageno se cerciorara de si todos los pasajeros estaban á bordo, y tocara por última vez las simandras ó discos que atrajeran á los morosos.

—Júbal—dijo Cadmo—, pocas veces una dromon cruzó el mar con tantas riquezas como á tu saber y autoridad confiamos. Ninguna palandra del Ponto Euxino, ni nave rodía, ni trirreme romana llevaron jamás en sus entrañas tesoro tan grande.

—¿Es que, por ventura—interrogó ásperamente Júbal—, me habéis confundido con el batelero de alguna ridícula monoxilon? Yo os pido sólo órdenes. ¿De qué me servirían vuestros consejos? Seguramente que...

—Toma esta piedra, Júbal. Es una *bethile*...

—¡Oh, Cadmo!—exclamó el incrédulo Júbal, radiante de alegría—, no podrías, te lo aseguro, con todos tus talentos y tus naves, hacerme regalo mejor que esta piedra. Ella es más grata para mí que una noche sin nubes. Porque, así como nada me importan las ondas furiosas cuando puedo ver las estrellas que me guían, con esta piedra de nuestra religión fenicia, mi corazón y mi nave ¿qué tendrán que temer?

Y, tembloroso, oprimía contra su pecho enorme aquella piedra roja, viejo amuleto de la olvidada religión fenicia.

ooo

Sobre cubierta, el aspecto de la nave animó los cansados ojos de Cadmo. En el imponente castillo de la nave resplandecía el viejo dios Melkart, de cobre puro de Cipro; su clava de Hércules amenazaba el mar, como sujetándole á su dominio de antemano.

Un hombre de Rodas, casi desnudo, cuyos miembros el sol muriente enrojecía, examinaba atentamente, desde la alta copa del único mástil, la vasta superficie de las aguas y la misteriosa ruta de los vientos; á veces arrojaba al aire un puñado de arena, ó seguía, con las palmas de las manos puestas sobre los ojos, á modo de visera, el vuelo de las aves.

Al pie del mástil unos marineros obedecían sus breves gestos ó ejecutaban las órdenes que

daba en rudo lenguaje sirio. Otros, en las jarcias, en las escalas ó con el cabo de las gúmnas en las manos, se disponían á las maniobras de la enorme vela única, si era necesaria.

Hombres de tostado rostro, silenciosos y graves, como el mar hace á los hombres, pulimentaban con piedra pómez los grandes remos de encina de la Celesiria, de castaños de Basan.

Un fornido hijo de Serepta, seguido de Hiram, jefe de los remeros, pasó revista á éstos. En cada banco había una cadena. Cuando la tormenta les atemorizaba, el implacable *hortator* les aseguraba los pies. Para ver si estaban prontos, palpaba los músculos de los brazos.

Por todas partes se oían voces en idiomas diversos, llantos crueles de despedidas, rumores de besos desesperados. No faltaba quien, poseído de inmenso dolor, permanecía mudo y rígido delante del que se marchaba, semejantes á estatuas los dos. Gentes de Tyro, de Acha, de las estribaciones del Tauro, hebreos, ribereños de la embocadura del Leontes, feroces rostros de Lud y de Put, negociantes en vasos de bronce de Javan y Mescec, chalanes taimadísimos de Togarma en Tracia, árabes de Kedar, mercaderes de Sceba y de Roma, caldeos de Harán, de Hedén y de Assur, apenas podían moverse entre los fardos y los sacos, los pellejos de vino de Helvón, la lana blanca de Damasco, los trigos de Minith, las cajas de ropas preciosas enlazadas con cordones, las especierías, la mirra destilada, las arcas de cedro, sobre las que estaban sentados sus dueños, los adustos y desconfiados hijos de Judá.

En el penol del alto mástil ondeaba el pabellón cárdeno y grana de fino lino de Elisah. A un gesto de Júbal, marineros desnudos de Sidón y de Arvad desplegaron la inmensa vela de paño bordado de Egipto. El crepúsculo incendiaba la tela con colores semejantes al rojo de sangre que los tirios extraían de las secreciones de los moluscos, y de cuya púrpura misteriosa llenaban grandes cántaros de estaño.

El rector de la nave hizo mover bruscamente los costados lucientes de abeto de Scenir, y los ancianos de Gebal, que aun repasaban el casco, saltaron á cubierta.

Cadmo no podía apartar sus ojos de tanta riqueza, y oprimía contra su pecho una bolsa repleta de denarios romanos, de siclos del Macabeo, de hermosas monedas griegas de Maronea y Siracusa.

Las simandras y los siervos despejaban la nave de los fastidiosos parientes y amigos de los viajeros. Pero sólo el balanceo de la nave les hacía apresurar el paso.

En la *Abyla* nadie faltaba sino Pablo de Tarso, Lucano y Dámaris. La nave se disponía á salir sin ellos. En la calma de la tarde, los leones, hambrientos, rugían, y, excitados por sus propios rugidos, era como si la *Abyla* tuviera una voz temerosa.

—Ese hombre no viene—dijo Tharé á Júbal. Mas al saltar al muelle el propio Tharé tropezó con el hombrecillo calvo y feo á quien siempre pagaban el pasaje las mujeres.

—Debias—le dijo, áspero, Cadmo—ser más puntual.

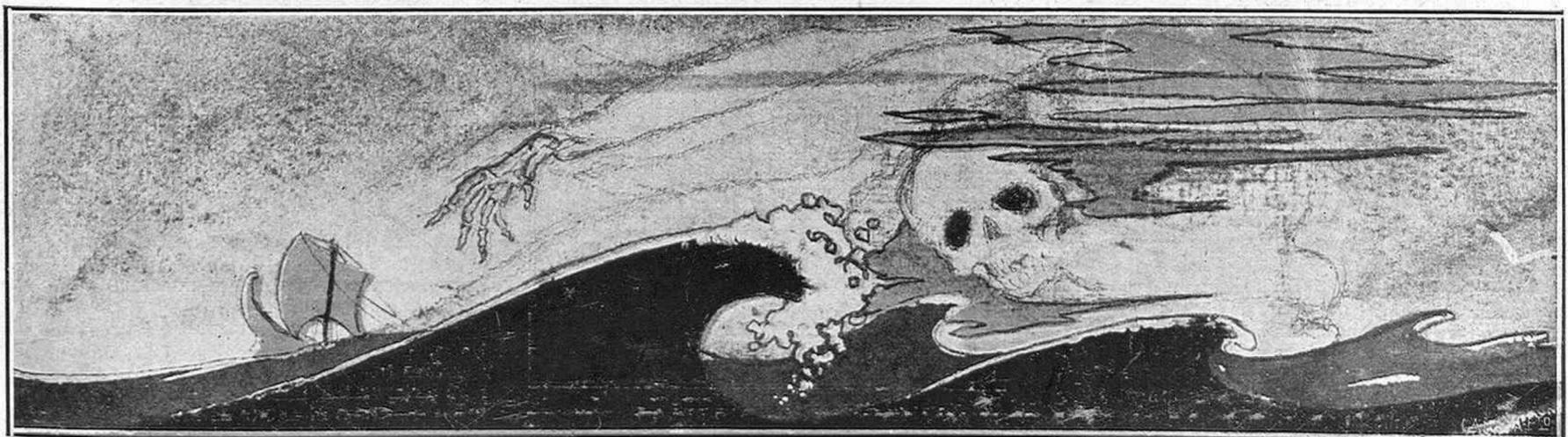
Pablo de Tarso, ya dentro de la nave, respondió así á Cadmo:

—La nave no hubiera marchado sin mí. Sábelo, Cadmo.

Y con palabras que admiraron al viejo piloto, aquel minúsculo judío, calvo, contrahecho y feo, impetró, de un Dios para él desconocido, paz para el navío.

EUGENIO NOEL

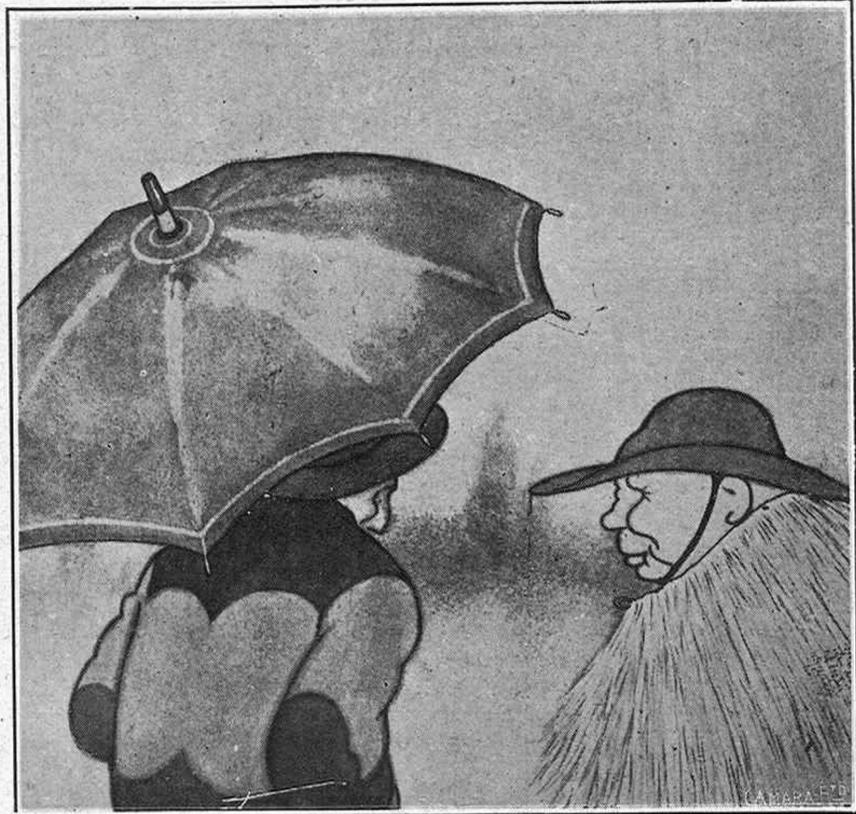
DIBUJOS DE MONTENEGRO



UN GRAN DIBUJANTE GALLEGO
ALFONSO R. CASTELAO



“As sardiñas volvían s'os gobernos quixeran”



“Chovendo como chove n'os nosos eidos, ¿qué fallarnos fai Gasset?”

ALFONSO Castelao es un hombre alto y flaco. Demasiado desgarbadamente flaco y alto. Seco, cetrino, mueve las piernas y los brazos como esos gigantes y esos árboles humanizados con que glosa Arturo Rackman los cuentos brujos. Muestra el rostro campesinamente afeitado y en él las dos enormes, anchas, con espesa acuosidad vítrea, ruedas de las gafas.

Tal como aparece, áspero y huesudo, causa en el primer momento una extraña inquietud. Pensamos frente a él en un guerrero ó en un peregrino medioeval disfrazado con modesto indumento contemporáneo; creemos que va á revelarse como uno de esos vagabundos, entre místico y pícaro, que van por los campos blandos de su dulce Galicia.

Pero habla este hombre y todo él se transforma. El acento suave, caricioso, de una grata cadencia de cantiga, acostumbrada al acuneo maternal de su *fala* arcaica; las manos pálidas, señoriles, que pasan las cartulinas de sus dibujos con ademanes lentos de enfermo y de artista, y sobre todo su mirada—una mirada bondadosa y triste, una mirada que parece despedirse de las cosas con un amor incurable y fatal, una mirada que atraviesa los cristales tan gruesos y, sin embargo, llega á nuestro corazón sin perder su calidez—borra la impresión descomunal de la catadura.

Entonces, aun antes de ver sus dibujos, se comprende que este gallego, recio y sutil, tiene el alma melancólica é irónica de Galicia tan ligada á la suya propia, que toda Galicia es él mismo.

—Yo soy muy gallego, ¿sabe, Francés?—me decía en una ocasión—. Primero gallego que artista, porque surgió primero en mí el cariño á la tierra que el deseo de expresarlo.

Este galleguismo se encuentra siempre latente en las palabras y en la obra de Castelao. Otra vez me decía, complaciéndose en ello:

—Yo nací en Rianjo, un pueblecillo de la Coruña, y en un radio de tres leguas alrededor de mi pueblo nacieron Rosalía de Castro, Valle Inclán, Julio Camba, el poeta Cabanillas y hasta la bella Otero; pero tengo el orgullo de no ser vecino de ninguno de los ministros gallegos.

Y sonreía de estas últimas palabras que tienen la amarga profundidad de muchas caricaturas suyas, implacables, cinglantes, donde, compasivo defensor de los humildes, se yergue colérico contra los fuertes y los poderosos. Pero nosotros no podemos sonreír frente á esa sonrisa suya, tan hondamente apenada, de tan desmayada expresión. Una sonrisa que es el patrimonio de los que sufrieron mucho en su carne y en su espíritu

los propios dolores y los dolores ajenos, fraternalmente fundidos.

De aquí esta honda huella sentimental que deja la contemplación de los dibujos de Castelao, como un viaje á través de Galicia.

ooo

En una conferencia que di el año anterior en la Exposición de Arte Gallego de la Coruña (1) procuré fijar la significación de Castelao dentro de la moderna pintura galaica.

«Es un humorista—dije entonces y repito ahora—el que empezó á crear la verdadera pintura gallega moderna. Lo que había de alcanzar tan ópimo mediodía lo inicia un espíritu burlón que muchos años en la pétrea Santiago tornaron melancólico, y á quien la contemplación de las incomparables rías bajas dió norte soñador á su alma.

Es Castelao. Fragmenta, frivola su labor en los periódicos y en las revistas. Se esfuerza en simplificaciones y estilizaciones lineales que lue-

(1) Véase *El Año Artístico*, 1917. Páginas 341 á 353.



ALFONSO R. CASTELAO
 Genial humorista gallego

go habrá de abandonar. Pero mientras tanto, se va formando en él un cronista satírico y romántico, picaresco y melancólico de Galicia. Un poeta juglar que comenzara haciendo cabriolas y que poco á poco ha llegado á expresar con tal fidelidad el espíritu y la vida gallegos, que nos conmueve hasta las más recónditas fibras del sentimiento cuando se ven esas siluetas lamentables de los ciegos á quienes el cielo negó el prodigioso espectáculo de Galicia.

Y para ello no precisó el artista grandes lienzos ni mezclar los colores del óleo. Incluso ahora que en *O pobre Xan* ha intentado por primera vez el cuadro propiamente tal, nos parece menos afortunado. En cambio, sus acuarelas son de una perfección absoluta, de un verismo tan jugoso, que traen á la memoria los costumbristas flamencos á lo Teniers y á lo Breughel, *el Viejo*.

¡Los ciegos de Castelao! Son de una fuerza dramática lancinante, cruel, que se agarra á nosotros para ya nunca evitarnos su recuerdo angustioso.

Alfonso Castelao tuvo siempre extraña obsesión predilecta por los ciegos. Primero como una misteriosa profecía, luego como una fraternal solidaridad en la común desgracia.

Porque Castelao, que daba á esas siluetas hieráticas, silenciosas, de los mendigos con los ojos muertos, socavados, gangrenados, sobre los fondos sonrientes de un paisaje ubérrimo, un extraordinario valor realista, había de cegar también. Y después, cuando recobró la visión, no apartó espantado su mirada de los que no pudieron, como él, libertarse de la noche eterna. Al contrario. Puso toda su experiencia de hombre al servicio de su talento de artista.

Había un panteísmo más apasionado aún en la interpretación de cielos, campos, aguas y case-ríos; más vibrante exaltación luminosa en el color, más íntima sensación de caricia en el minucioso recreo con que el artista va reproduciendo los rostros femeninos, ingenuos, de las rapazas que tienen una primitiva dulzura de vírgenes de retablo y pura serenidad de perfiles de camafeo ó de medalla. Y hacia más reprochadores de la indiferencia humana los rostros extáticos de los ciegos, se torturaba á sí mismo procurando expresar en las facies de mirada ausente toda la interior tragedia ó todo el delicioso ensimismamiento de la ceguera.

Y, lógicamente, el humorismo de Alfonso Castelao, que rara vez ha hecho reír, que imponía sonrisas tristes, ya no hará sonreír nunca más, sino crispar los puños y sentir que nos sube á la boca—como el sabor cálido y sucio de un esputo sanguinolento—palabras de odio y de re-



“Por eso, si papai vivise, non li'hab'a gustar que padriño falase tanto con mama!”



“¡Adiós, meu hirmanciño, e qué guapo vas c'o traxe d'as romerías!”

beldía. No. No es alegre, no puede serlo, Alfonso Castelao. Acaba de cumplir treinta años y la vida no le ha escatimado suplicios.

Fué médico en una aldea recóndita y hubo de palpar lacerias carnales y asomarse á los abismos de las mismas conciencias que producen vértigos á los abades y á los notarios gallegos. No se resignó á la vegetativa existencia del médico rural, é hizo unas oposiciones á otra carrera más humilde, pero más productiva, y entonces, súbita, brutal, surge la ceguera que durante mucho tiempo le tuvo forzosamente inactivo, abierta una herida en su alma.

¿Imagináis la tortura de este artista, ciego en plena juventud, cuando todo era tentación para su mirada y cuando se había dado cuenta exacta de la misión redentora que podían realizar sus dibujos?

Porque Alfonso Castelao, que prescindió de la modesta retribución de sus caricaturas en un semanario (siéndole muy necesaria) sólo porque creyó que aquel semanario fomentaba la emigración de los aldeanos hacia el Brasil, comprende y practica la significación social del caricaturista, á quien llama pintor de almas.

«Yo no sé — dice en su folleto *Algo acerca de la caricatura* — por qué Taine y otros consideran al pintor de almas, espíritus y emociones, como artistas inferiores. Dice dicho autor que «son observadores desorientados que han nacido para hacer novelas y estudios de costumbres, y que en vez de una pluma tienen un pincel en la mano».

Pues bien: si con el pincel se puede hacer latir el corazón humano y corregir descarríos como con la pluma, ¿por qué no han de usarse indistintamente ésta ó aquél? Un hombre puede tener talento literario y, sin embargo, puede faltarle habilidad para escribir; ¿ha de privarse de pintar, tan sólo por no utilizar los medios propios de otro arte? Una comedia ó un drama en un cuadro, puede leerse en una mirada, con lo cual se atrae la atención; el principio formulado por Spencer acerca de la economía de la fuerza, tiene su aplicación en este caso. Además, como la expresión del gesto es universal, se evitan las traducciones.

«Un hórreo que por sus rendijas enseñe únicamente el cielo, dice más del hambre de un año que un artículo de fondo.»

ooo

Por eso, al recobrar Alfonso Castelao la vista, su arte se profundiza y exacerba en el sentido demoledor de sus composiciones y en la viril arrogancia de sus leyendas.

Recordemos las caricaturas publicadas en *El Sol*; veamos las notas conmovedoras ó ásperas de estas páginas; aguardemos ese álbum titulado *Nos*, pronto á publicarse, con unos versos de Ramón Cabanillas, el poeta más grande que tiene hoy día Galicia, y que ya, antes de ahora, hizo este elogio del admirable humorista, con quien tiene tantos puntos de contacto:

Mirade ben, cando nas mans vos os "monos" de que falo; [cayan, l'pasa a vida por eles latexan'el lleñen da nosa Terra o melgo encanfiran ou bliquen; ledos e ridores [lo] ou fondamente tráxicos, l'odos levan por alma un pensamento! l'Hommes e monos, todos levan rabol



“Xeiteiro”

(Dibujos originales de Castelao)

José FRANCÉS

BIBLIOTECA MADRID

CREPÚSCULO



El sol sobre tu frente depositaba un beso;
flotando entre los rayos de vespertina luz,
reinaba ese silencio en que las almas sueñan,
que acaso todavía no has comprendido tú

Por la ventana abierta, que da sobre mi huerto,
entre el tapiz que forman las ramas de un rosal,
llegaban los aromas de nardos y claveles,
queriendo con su aliento la estancia perfumar.

Como suspiros tenues, en alas de las brisas,
las notas de un piano volaban hasta mí,
tejiendo esa cadena de plácidas memorias
que funden en un sueño pasado y porvenir.

DIBUJO DE OCHOA

Te vi como una sombra, como divina Ofelia,
que derramando flores sobre las tumbas va,
cuyo velo de plata, como rayo de luna,
daba un nimbo á tu cuerpo de encanto virginal

Mis ojos en tus ojos amantes se posaron
cual abejas que liban las hojas de una flor,
y sentí las dulzuras de las mieles de un beso
que fué desde los labios derecho al corazón.

Mis manos fueron nido donde refugio hallaron
dos azucenas blancas, tus manos de jazmín,
y al roce de su nieve se despertó aquel fuego
que dentro de mi alma aun guardo para ti.

Aquel sublime instante de amor y de poesía
tu infamia y tus traiciones me hicieron olvidar,
y te miré de nuevo como en las dulces horas
en que elevé tu imagen sobre amoroso altar.

—¿Me quieres?—me dijiste, y del hermoso sueño
me despertó de pronto el eco de tu voz,
sintiendo que una lágrima humedeció mis ojos
y en el doliente pecho la herida renovó.

Como flotante niebla que rápida se aleja
aquella ilusión grata se disipó fugaz,
¿por qué ya no me envuelven las sombras de ese sueño,
aunque la muerte triste me espere al despertar?

Narciso DÍAZ DE ESCOBAR

VALENCIA Á FRANCISCO DOMINGO

EN la zona norte de la ciudad y en un descampado que existía entre el puente llamado de Serranos y el nombrado Nuevo se plantó, hace ya muchos años, un jardín que la gente dió en nombrar «Alameditas de Serranos». El jardín conserva el sabor de las cosas viejas; es decir, no han entrado en su formación los cursis macizos. Grandes árboles de enorme altura forman masas de verde por demás frondosas. En el centro de las Alameditas un buen valenciano, D. Enrique Ortiz, padre político del maestro José Benlliure, ocupando cargo de elección popular, hizo construir un pequeño lago que quedó circundado de álamos blancos y sauces llorones, cuyos troncos tapiza la hiedra. En uno de sus extremos, sobre el césped, se levanta el modesto monumento — modesto por sus proporciones — que los artistas valencianos han elevado al gran pintor Francisco Domingo.

Nació la idea de elevar este monumento el año 1917. Celebrábase la II Exposición de la Juventud Artística Valenciana en los claustros de la Universidad. El gran escultor Mariano Benlliure la inauguró en nombre del ministro de Instrucción pública y Bellas Artes. Al enterarse Benlliure de que los organizadores del concurso habían dedicado una instalación á las obras de su maestro Francisco Domingo, inició la erección del monumento, ofreciendo para el mismo el hermoso retrato de Domingo en terracotta que mandara en sus juveniles años á la Exposición de Viena, donde fué premiado con medalla de honor, primera recompensa que obtuviera en el Extranjero.

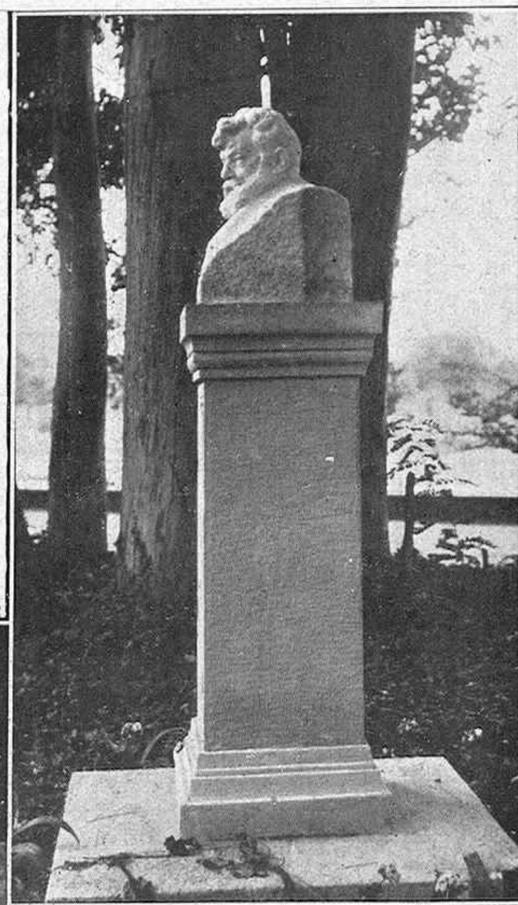
Esta importante obra ha sido donada recientemente al Museo de Valencia por el Sr. Benlliure, para que sea colocada en la sala «Francisco Domingo», que va á formarse.

Inicióse una suscripción entre amantes del Arte y artistas, y así las cosas, ante el tamaño de la terracotta, pequeña para ser colocada al aire libre, decidió Mariano Benlliure modelar otro busto, y así lo hizo directamente del viejo y honorable maestro.

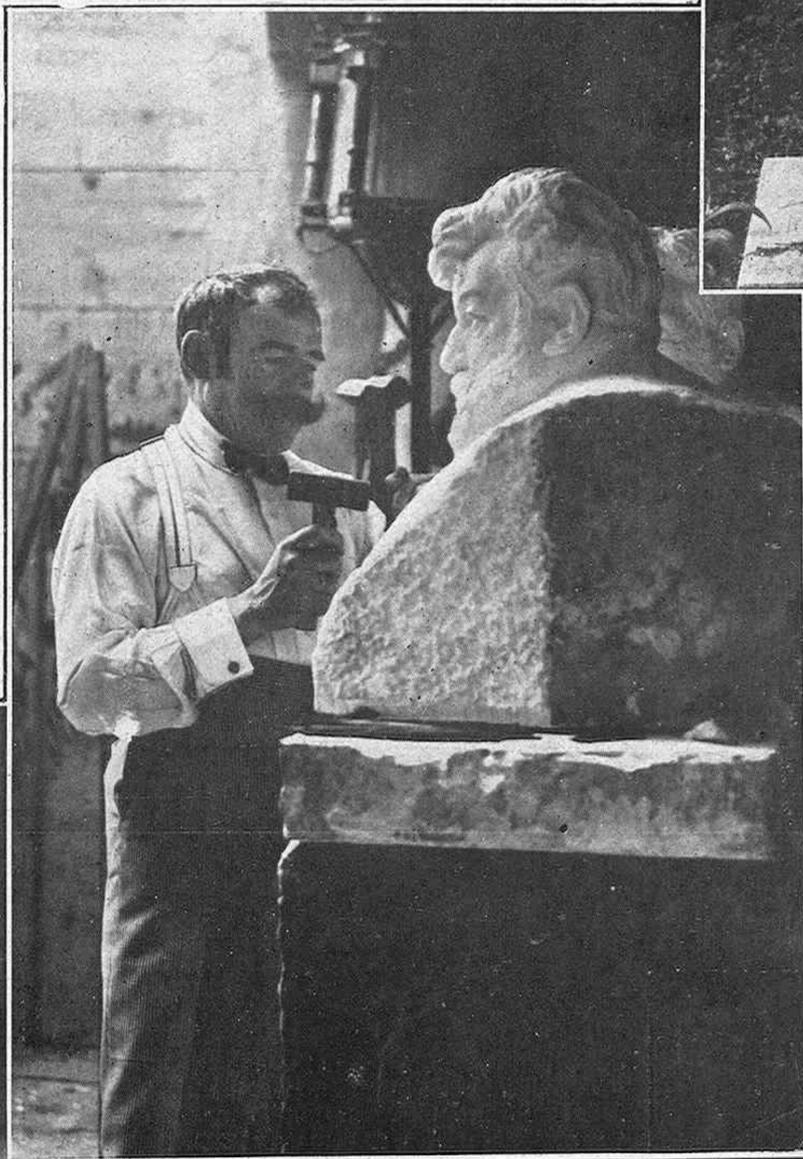
Avanzado Julio, vino á Valencia Mariano, y en un rincón del encantador jardín de la casa-estudio de su ilustre hermano Pepe dió los últimos toques á su obra, que, sobre sencillo pedestal de severas líneas clásicas, se levanta entre la fronda del bosquecillo que rodea el pequeño lago de las «Alameditas de Serranos».

En la mañana del día en que el monumento se inauguró en la grandiosa sala «José Benlliure», de nuestro gran Museo, se apiñaba la multitud delante de las sedas flotantes de todas las enseñanzas de las entidades artísticas de la ciudad. En el estrado presidía, destacándose de rico damasco valenciano, el hermoso cuadro de Domingo, *Santa Clara*, y todas las autoridades y cuanto significa en Valencia cultura rodeaban á Mariano Benlliure, que llevaba la representación del ministro Sr. Alba, sumando al homenaje de la ciudad el de la nación toda.

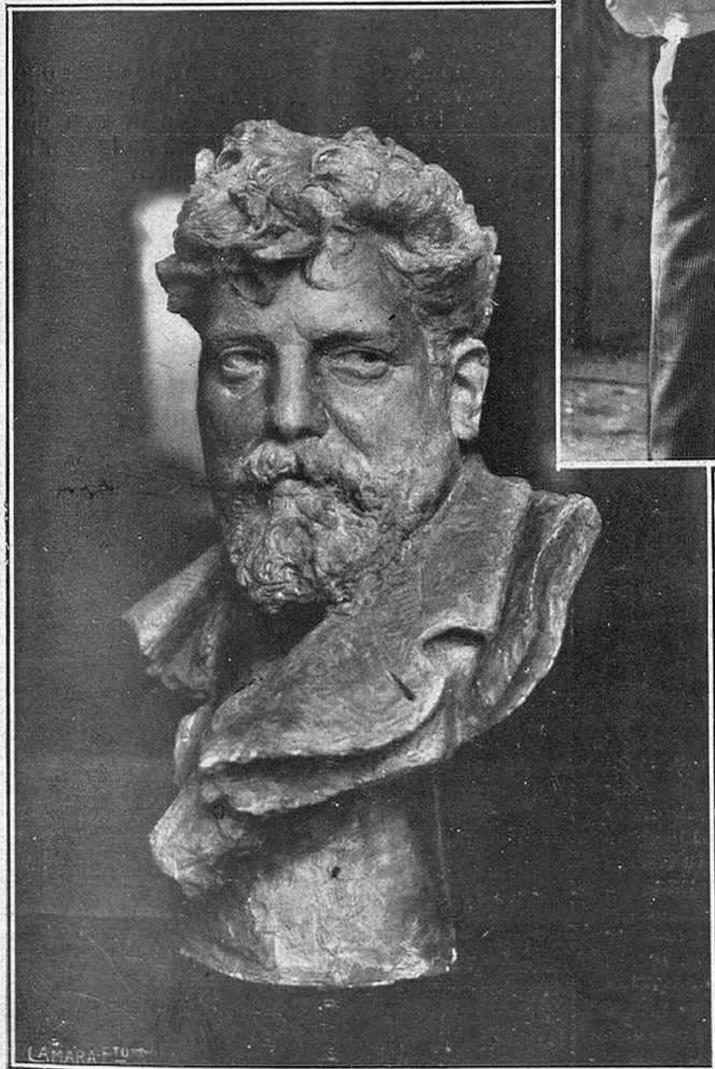
Mariano Benlliure, con intensa emoción, evocaba su iniciación en las Bellas Artes. Su hermano Pepe, que contaba entonces unos once años, iba ya al estudio de Domingo. Vi-



Monumento que los artistas valencianos han erigido al gran pintor Francisco Domingo en las «Alameditas de Serranos». La obra escultórica es del insigne Mariano Benlliure



Mariano Benlliure dando los últimos toques al busto de Francisco Domingo



Retrato de Francisco Domingo, hecho en «terracotta» por Benlliure y donado por éste al Museo de Valencia

FOTS. GÓMEZ DURÁN

trasladados á las «Alameditas», Benlliure, mientras la Banda de la ciudad dejaba oír las notas vibrantes del «Himno á Valencia», de Serrano, recorrió las sedas gualdas y rojas de la bandera de la Juventud que culmina con la Victoria de Samotracia y que cubrían el busto, y los vivos á Domingo y Benlliure se fundieron con la última estrofa del Himno, que grita: ¡Viva Valencia! Fué un acto íntimo, sentido, como son aquellos en que el alma del pueblo les da vida. Valencia cuenta con un monumento modesto, pero para nosotros los amantes de las Artes Bellas, más interesante que aquellos otros en los que amontonan mármoles y bronce. El arte de Mariano Benlliure brilla esplendoroso; sus manos, con filial cariño, modelaron las masas de aquella cabeza leonina que los años no han podido vencer. Los únicos discípulos de Domingo, Juan Peiró y José Benlliure Gil, alma de esta iniciativa, merecen el bien de la patria. Juan Peiró, el notable pintor que recuerda con su viva expresión interesantes anécdotas de su maestro, leyó en el acto inaugural unas cuartillas tan efusivas como sinceras y elocuentes. José Benlliure no pudo abstraerse á la más viva de las emociones. No lejos del sitio donde se yergue la altiva y retadora cabeza de su maestro, dentro de muy pocos meses, en aquel jardín cuyas trazas ordenara su padre político Enrique Ortiz, se levantará otro monumento, el que también, por iniciativa de la Juventud, jóvenes y viejos elevan al que fué su compañero, el malogrado gran pintor José Benlliure Ortiz, cuyo busto, terminado ya, es obra notabilísima del ilustre José Capuz. Los manes del abuelo materno plantaron aquellos sauces que matizarán con sus reflejos el busto del pintor muerto en flor para desdicha del arte nacional, y el padre y artista, cerca, muy cerca de su casa, en las horas del atardecer, dejará la paleta y pasará á aquellas alamedas, un tanto tristes y solitarias, á visitar las almas de su maestro y de su hijo, que el arte, por el milagro del genio, crea y resucita. — J. MANAUT NOGUES.

EL PASADO EN LA ARMERÍA REAL

¡Epopéya de la muerte!
¡Cementerio de las armas!
Hoy las huecas armaduras, en que un día
los heroicos corazones palpitaban,
son apenas un tumulto de recuerdos
que se yerguen silenciosos á manera de
¡Epopéya de la muerte! [fantasmas.
¡Cementerio de las armas!

(JOSÉ SANTOS CHOCANO: *Alma América*.)

ENTRARON en la Real Armería por un capricho súbito y sentimental.

En la plaza, cuadrada por piedras y verjas, era el sol de una alegría mansa; á la izquierda, como un fondo de Velázquez detrás de una balastrada tizianesca, la austeridad de El Pardo, acotado para Su Majestad, empenachado por el libre blanco azulino de la Sierra.

Sobre la arena unos niños jugaban, lejos de las piernas y la charla soez de niñeras y soldados. En el cielo azul se fragmentaba la nieve alígera de las palomas.

Antes de entrar discutieron riendo. Ella era una forasterita, linda y afanosa de hacer acopio de visiones y emociones que maravillan de ensueño sus futuros—y con sabor á viejos—días provincianos.

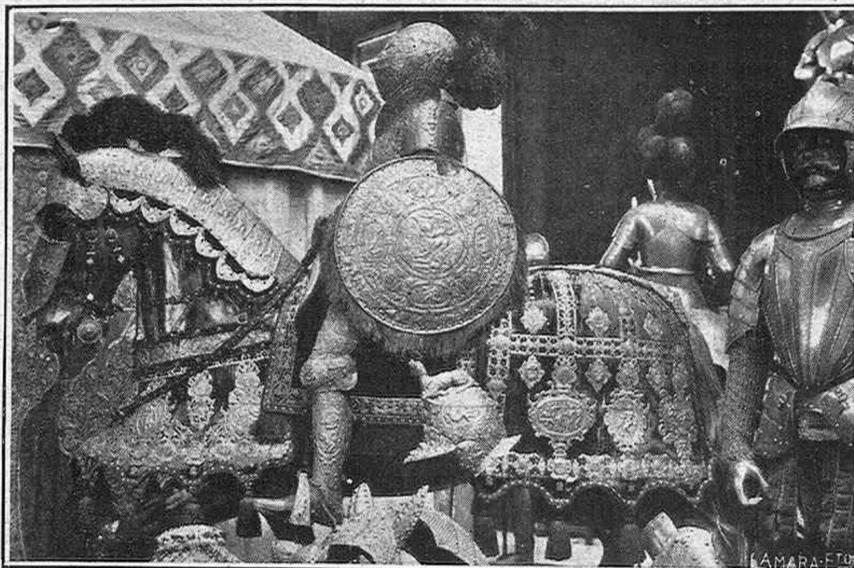
El un madrileño á quien agradaban más los cuerpos femeninos repletos de juventud que las armaduras vacías é inmóviles.

Ella mordiscaba, sonriendo, un nardo, y el aroma intenso de la flor, mezclado al de su cuerpo juvenil, embriagaba un poco al mozo, que sentía en su corazón rebullicio de eróticas estrofas.

Pero al verse repentinamente en la luz de acuario donde los espectros bélicos tienen la turbiedad de un sueño, sintieron enfriarse su espíritu y se les ensirió el rostro.

Iban y venían por entre los maniqués y las vitrinas unas inglesas con botas de correas y manos de hoja seca sobre la sangre seca de los Baedeker. Soldados con el barboquejo caído y las manos refugiadas en el correaje de las cartucheras. Algún alemán, cuyas pisadas retumban, cuyos brazos tropiezan contra las armaduras y cuyos ojos tienen una mirada inexpresiva y desdenosa frente á los cascos, tan distintos á las modernas caretas contra los gases germánicos.

La forastera examinaba atenta y silenciosa, con un leve temor, los arneses de justa, de batalla y de parada; los maniqués de infantes y jinetes; las bardas de los corceles con sus teste-



Armaduras de Felipe III

ras, capizanas y pretales; se enternecía frente al lebril recubierto de hierro y con sus airosas plumas en lo alto del minúsculo capacete. Preguntaba los nombres de las diversas piezas que constituyen las armaduras, y sonreía de algunos que le parecían harto vulgares y poco caballescicos: *babera, falda, cangrejos, bacinete, sobaqueras, rodilleras, pancera, culera...*

En cambio ¡cómo sonaban á romance heroico y qué altiva gallardía tenían otras piezas que su amigo iba enumerando: los guanteletes, la cota de mallas, el yelmo, los lambrequines, la celada, las escarcelas, el ristre, el puñal de misericordia!...

Luego inquiría la pertenencia de las armaduras, sobrias y fuertes, de combate y de aquellos otros arneses de gala, tan ricos en repujados, nielados y damasquinados que el Tiziano copiara muchas veces. De los erguidos y de punta en blanco sobre los caballos de madera y asidos á sus lanzas, y de los demasiado infantiles, como de juguete para los príncipes de ocho años, de diez años, y que la enternecía á la forastera tanto como la armadura cómica del lebril.

Momentáneamente parecían moverse las armaduras como si respondieran á la lista militar de los nombres de emperadores, reyes, príncipes, grandes capitanes y aventureros ilustres.

—¡Cuántas son de Carlos V!—exclamó ella, asombrada.

Y el madrileño, sonriendo, añadió:

—El César llena todo este cementerio de armas. Tanto, que, á faltar las suyas, aun serían más reducidas de lo que son estas ilustraciones á la Historia. Del César son la mayor parte de las armaduras: los arneses de justar á pie y á caballo, los de fajas espesas y losuntuosos de parada, los grabados ricamente en Asburgo, Innsbruck y Nuremberga, y las duras milanesas, y las forjadas en Tolosa y Pamplona. De él, rodellas y escudos donde hábiles cinceles inmortalizaron episodios bélicos ó mitológicos; suyas las espadas, las lanzas de torneo y de batalla, las ballestas y bolsas de caza, los pistolones pesados y fanfarrones. De sus propios caballos estos pretales, que salpicó la sangre ajena, y estas gualdrapas deshinchadas, con los colores muertos. De su hijo Juan, el gentil bastardo que era más hijo suyo que el legítimo, la gloria seca en las armas moras y en los estandartes imaginíficos. De su hijo Felipe, el tétrico, el enfermo de odios y de fanatismo, las ricas y vanidosas—como para no servir—armaduras. En la tienda de Francisco I recordamos la frase histórica que á Carlos V reconoció el triunfo: *De toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur et la vie qui sauve*. Fijese, amiga mía, cómo por casi todos los maniqués corre su mandíbula de prognato que había de imponer el uso de la barba por disimulo de fealdad. Y de él también surte la amargura que senderea al espíritu por otros derrotados viendo esta levita y este ros de Don Alfonso XII, *el Pacificador*, entre sus esmaltes y sus banderas. Razón tiene el poeta, amiga mía, to-

dos estos maniqués férreos «son apenas un tumulto de recuerdos, que se yerguen silenciosos á manera de fantasmas...»

—Entonces ¿no siente usted el contagio guerrero?

—No. La soy franco. No me siento vibrar el romanesco orgullo de la raza, ni recuerdo estrofas de Zorrilla, ni siento roerme las entrañas aquel ratoncillo que, según *Clarín*, se movía dentro de una armadura para producir los oquedosos versos de Núñez de Arce.

Ahora sólo me agradan estos maniqués por el recuerdo de amorosos torneos entre el revuelo de los galantes motes y bajo la fulguración de femeninas pupilas premiando bizarrías de valientes justadores.

—Sin embargo, si de pronto todos estos fantasmas de hierro adquiriesen vida y salieran al galope de sus corceles ó con la pesada marcha de sus armaduras de cincuenta kilos ¿no cree usted que España volvería á ser lo que fué?

—En primer lugar, todo esto, tan caballeresco, tan evocador de gallardías, es una cosa perfectamente inútil en las guerras actuales. Ya Cervantes se dolía de que los *endemoniados instrumentos de la artillería* dieran al traste con el más aguerrido caballero, sin dejarle emplear sus armas, ni le pudiera servir su férrea vestidura. Y si no podían resistir las balas de arcabuz ó de mosquete, ¡imagine qué sería ahora frente á las ametralladoras, bajo los aeroplanos, contra los tanques, envueltos en los gases asfixiantes ó herrumbrosos por la humedad en el fondo de las trincheras! Además, amiga mía, el español de hoy ha inventado una palabra que no conocían ni quisieron conocer jamás los españoles de los siglos xv, xvi y xvii: *neutral*. Los españoles de entonces eran siempre intervencionistas. Intervenían en América, en Francia, en Italia, en Alemania, en Holanda, en Bélgica...

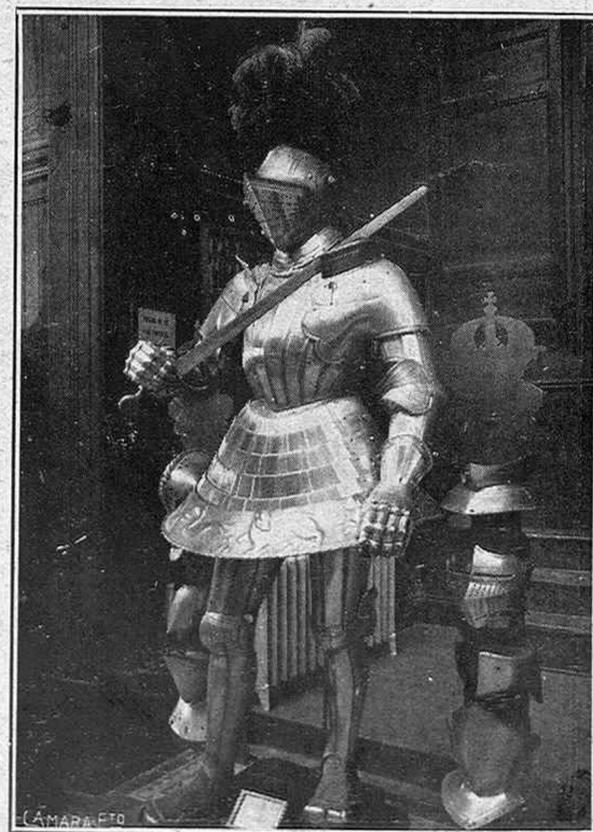
—¿De modo que usted cree?...

—Yo no creo, amiga mía, sino que sería oportuno volver de nuevo á la luz del sol y ver cómo luchaban los pedacitos de nardo de sus dientes con los otros pedacitos níveos de la flor muda que tan intenso perfume tiene...

SILVIO LAGO

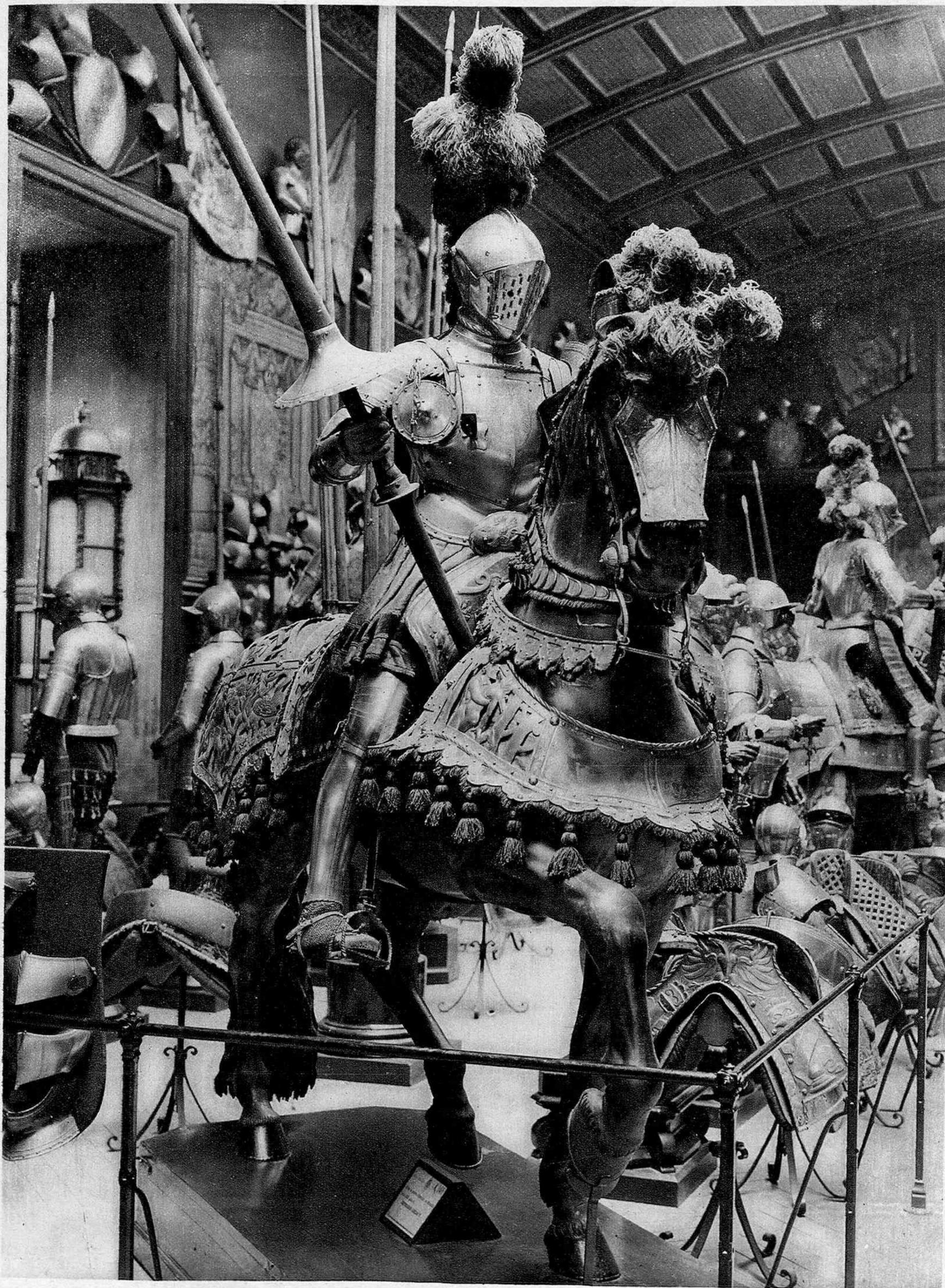


Armadura de Felipe II



Armadura de Carlos V FOTS. CAMPÚA

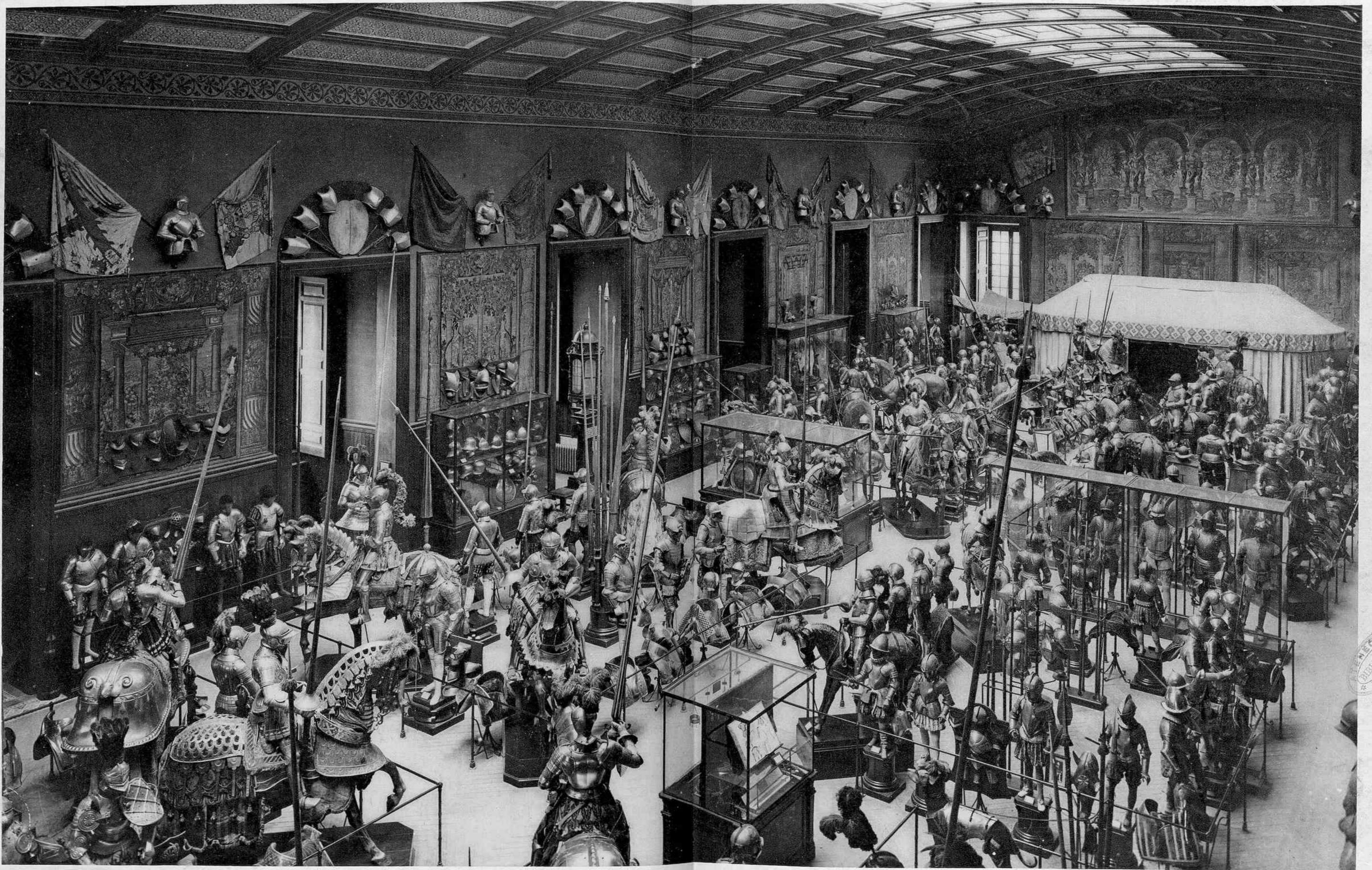
LA REAL ARMERÍA



ARMADURA DEL EMPERADOR CARLOS V

Fot. Campúa

ATENEUM DE
BIBLIOTECA
MADRID



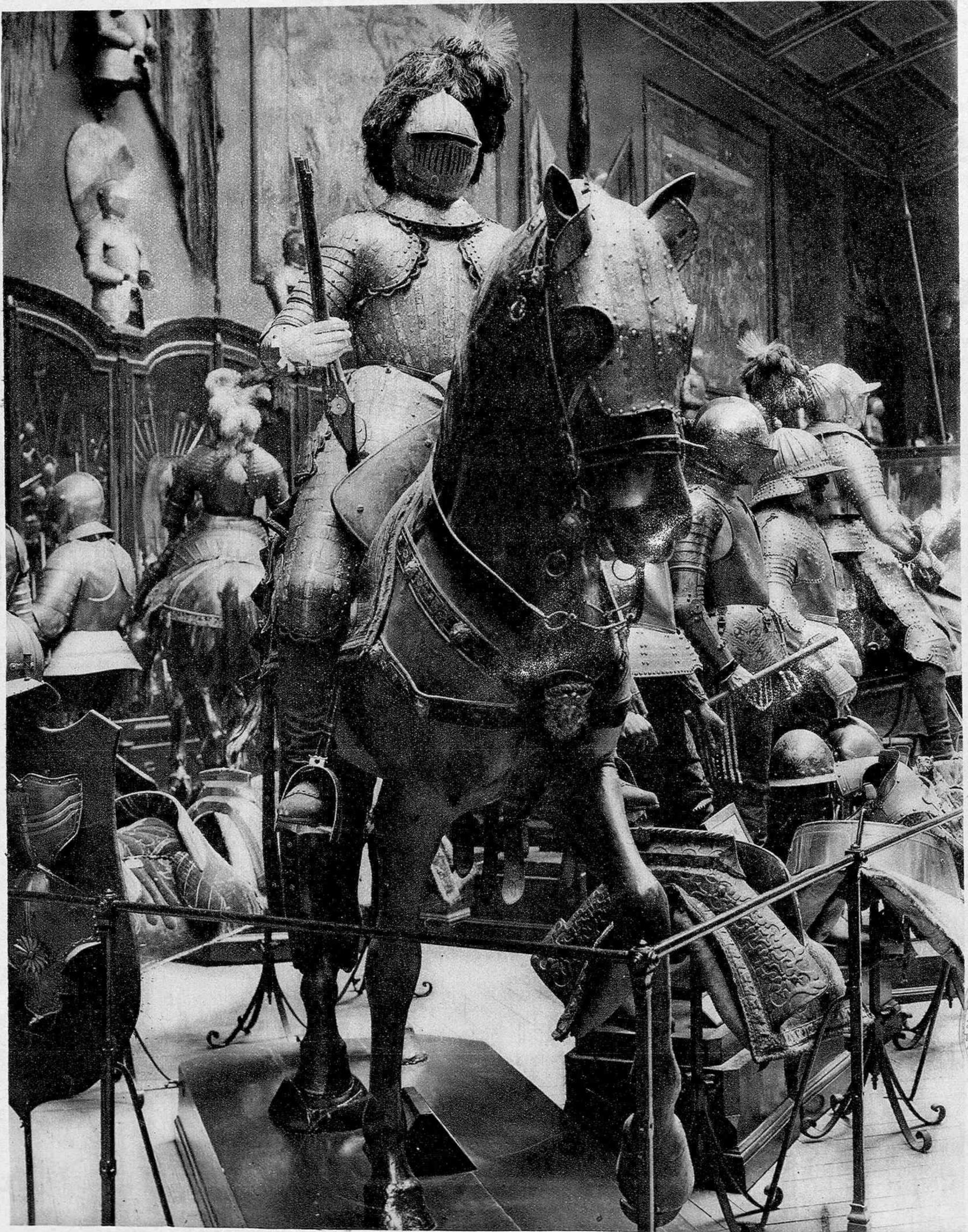
VISTA DE CONJUNTO DEL INTERIOR DE LA REAL ARMERÍA DE MADRID

Fot. Campúa

BIBLIOTECA
MADRID

LA ESFERA

LA REAL ARMERÍA



ARMADURA DEL REY D. FELIPE IV, CONSTRUÍDA EN PAMPLONA

Fot. Campúa

BIBLIOTECA
MADRID

EL POZO AIRÓN

Al perder de vista la espadaña de la iglesia de su aldea, Luco se refregó apresuradamente los ojos y púsose á tararear una copla para que Nela, su mujer, y Casi, el crío—un gentil arrapiezo de unos siete años—no advirtieran la honda emoción que sentía al abandonar la aldea.

La mujer, sin recatarse, dejó correr por sus resquemadas mejillas unos lagrimones como avellanas, y bajito, muy bajito, vuelta la cabeza hacia la iglesia susurró con todas las veras de su corazón una plegaria á la Virgen del Carmen, la patrona del lugar, para que los protegiese en el largo viaje que emprendían á la corte.

Marido y mujer, montañeses hasta la medula, tenían el espíritu aventurero de la raza, y desde los primeros tiempos de su matrimonio entróles la comezón de correr mundo y probar fortuna, porque hicieran lo que hicieran en la tierra, trabajaran como negros ó se tumbaran á la bartola, siempre andarían á la cuarta pregunta, sin que les alcanzase para pagar las contribuciones, de día en día más crecidas.

Para malcomer unas alubias y un pedazo de borona, ir descalzos, el hombre con los calzones remendados, la mujer sin tener una falda, que ponerse los días de fiesta y el crío vestido de los harapos desechados por su señor padre, no merecía la pena de estar deslomándose de sol á sol cascando terrones: los dos eran jóvenes y animosos, no les arredraba el trabajo, y en cualquiera parte encontrarían modo de vivir con más desahogo y hasta ahorrar unos ochavos para cuando llegasen á viejos, porque, hijucos de Dios, al paso que iban y tal como se estaban poniendo las cosas en la aldea, antes de que les salieran canas habrían tronado como arpa vieja ó tendrían que dedicarse á pedir limosna.

Así es que como un clavo que les atravesara la mente tenían fija la idea de abandonar el inhóspito lugar é irse á América, Eldorado con que sueñan todos los montañeses.

Ya mozucos Casimirín—Casi, como le llamaban—, acordó el matrimonio vender la casuca, que se caía de puro vieja; el prado, la huerta y dos tierras más; ítem la vaca, el cerdo, siete gallinas y un gallo, todo lo que los cuitados poseían, recibiendo por ello cinco mil reales en unas estampucas muy finas.

A vista de los billetes y tras sobarlos y resobarlos con cierta dolorosa satisfacción, marido y mujer echaron sus cuentas, y Luco dijo suspirando, sin apartar los ojos de las estampucas:

—Con esto no podemos dirnos á América, Nela.

—No podemos—asintió melancólicamente la mujer.

—Pues con esta miseria tampoco vamos á quedarnos en el pueblo.

—Tampoco.

Hubo una pausa embarazosa.

—En verdá te digo que si yo sé esto, no vendó ni una hilacha.

—Hubiéraslo acertado, hombre, que es un dolor que se haigan llevao la nuestra hacienda asína, por un piazo de pan; sólo la casa vale el doble.

—No desageres, Nela: por la casa no hay quien te dé arriba de veinte doblones: toa se le güelven juracos... Pero esto no quita pa que se vea lo cubiciosa que es la gente: mal vendió, sí que valía too ocho mil riales.

—Nesecitao te veas, hijo...—sentenció suspirosa la mujer.

—Güeno, pues ya no hay pa qué venirse con lamintaciones; lo hecho, hecho está... Agora, dime tú onde vamos.

—No, dilo tú.

—¿Yo? Güeno, pues á mí se me alcanza que debemos dirnos á Madrid: allí tenemos á Quicón el primo, y malo será que no nos atienda, y hasta puede que con este dinero quiera que entre en sociedad con él.

—Pero, ¿qué paras, corderuco? ¿Con cinco mil riales te va á dar á ti parte en la vaquería?...

—Mujer, no seas tan despreciativa, que cinco mil riales son cinco mil riales.

—Ni pa comprar una vaca suiza hay con eso... Agora que á mí me parece bien que nos vaigamos á Madrid y te pongas tú á servir en una vaquería y yo onde se tercié, ú que si nos sale un

nigocio lo tomemos... Otros con menos posibles se han hecho ricos.

—Verdá dices: por mal que nos pinte en Madrid no nos pintará peor que aquí... Siquiera podremos comer pan blanco toos los días.

ooo

Han pasado muchos años desde que abandonaron la aldea: Nela y Luco tienen ya el pelo grisiento, rugosas las caras y en ellas estampado un sello de melancolía incurable.

Las cuentas galanas que se echaron fueron como las de la lechera de la fábula: al tropezar con la realidad rompióse miserablemente el cantarillo de la ilusión.

Primo Quicón les salió rana: al verlos entrar en su vaquería gruñó lo mismo que un mastín que ve amenazada su pitanza por unos perros intrusos.

—Pero, ¿qué enemigo malo vos ha traído por estos andurriales...

Los parientes, quitándose el uno al otro la palabra, le explicaron el motivo de su viaje.

—¿Sabís lo que vos digo?—dictaminó Quicón después de haberlos escuchado con mal disimu-

lada impaciencia—. Que hoy mismo, sin aguardar á mañana, debís golveros á la aldea, porque si mal se está allá, peor se está acá.

—Lo que es eso...—se atrevió á interrumpir Luco.

—¡Vos lo digo yo, y basta!—afirmó furioso el vaquero—. Toos los del pueblo se creen que en Madrid atan los perros con longanizas, y aquí se vienen toos alucinaos, á caer en este pozo airón... Y pa uno que tenga suerte, cien mil se quedan muertos de hambre en lo hondo del pozo... Porque aquí no basta querer trabajar, sino que se encuentre onde, que pa too sobra la mar de gente, y, repito, que debís golveros á la tierra, dejándovos de fantesías, que allí nunca vos faltaría un cacho de borona y onde cobijaros, mientras que aquí...

—Pintas la cosa tan negra—interrumpió con marcada ironía Luco—, que escuchándote se le pone á uno carne de gallina. Y á ti, vamos, no te ha ido tan mal en este pozo airón, como tú dices, que acá veniste con un trapo atrás y otro adelante.

—No me ha ido mal, sepástelo, porque eran otros los tiempos, y además, porque too hay que decirlo, Dios me ha dao algunas luces naturales.

—¡Ya! Despejaduco siempre lo fuiste—atajó el primo sin abandonar el dejo irónico—. Pero, vamos, aunque yo no tengo tus luces, se me alcanza que aquí, como en toas partes, el que es probe tiene que trabajar pa vivir... Y á eso hemos venío ésta y yo y el mozucos... Conque gracias de toas maneras por los tus consejos, y agur, ¡hasta más ver!

—¡Agur! ¡Y que vos pinte too á medida del vuestro deseo! Que pa mí que no vos pinta.

Y el primo Quicón, viéndoles partir, exclamó con acento de infinito desprecio:

—¡Fantesiosos!...

ooo

¡No! No han olvidado la entrevista con el primo Quicón, y, lo que es más lamentable para su amor propio, reconocen que les habló como un oráculo.

Hoy Luco es el señor Manuel, el albañil, y Nela, la señá Manuela, la lavandera; en cuanto á Casimiro, el gentil rapaz, le conocen en el barrio por el *Montañés*, en todas las Comisarias por camorrista y en los pueblos de los alrededores por un maletilla postinero y jactancioso que se cree un *Gallito* y es una pobre gallina: esté mozo crío, chulapón y holgazán hace más pesada la cruz de los infelices montañeses.

Con lágrimas en los ojos suspiran por su amada tierra: en ella eran unos pobretucos destripaterrones, cierto; comían borona, iban descalzos y andrajosos, pero tenían, bien que mal, una casa suya donde guarecerse, una huerta de la que sacaban patatas y alubias, un prado para mantener la vaca, gallinas, un cerdo... Respiraban á todo pulmón un aire puro y sano, y sus ojos se recreaban contemplando la inmensidad azul y la placidez del valle natal; toda la gente los conocía y los trataba con cordialidad, y en las romerías, en las ferias, en las magostas, en todas las diversiones alternaban con pobres y con ricos.

Aquí... comen pan blanco, es verdad, van calzados y no es harapiencia la ropa que usan; pero trabajan más que en la aldea, Luco en un andamio, Nela en una banca del río: lo que ganan apenas si les basta para vivir al día. Cuando se retiran del tajo se encierran en un cuartucho de una casa de vecindad, desde cuyos corredores sólo se entrevé un jirón de cielo; el aire que respiran está impregnado de los miasmas y olores nada gratos de la colmena humana establecida en el vetusto caserón, que alberga más vecinos que el doble de los que tiene su aldea. Ellos son unas de tantas abejas que laboran entre la indiferencia de las que les rodean. Y para que el tropo sea completo, tienen también un zángano... en el hijo.

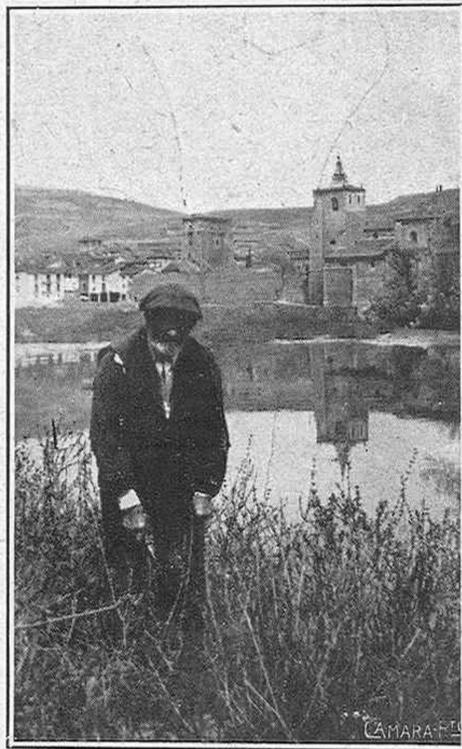
Impelidos de su nostalgia por la tierra, duélense de haberla abandonado...

—¡Mejor estábamos allá, aunque no comiésemos pan blanco—suspiró Nela.

—¡Si las cosas se hicieran dos veces!—dice Luco con la amarga desesperanza de lo que se juzga irremediable.

ALEJANDRO LARRUBIERA

LA TORRE DE LA VILLA



Prismática, uniforme, gris y espesa, no da impresión de fuerza y poderío; más que resto marcial de un señorío es la vida del pueblo en piedra impresa.

Ayer fué defendida y hoy opresa por murallón hermético y sombrío, y el eco que provoca en él el río es doliente romance de princesa.

Dicen que fué conquista de cruzada, sepulcro de una reina emparedada y picota de infieles y de siervos.

Mas hoy sus calabozos son paneras, y nidos de gorrión sus saeteras, y en su torno hay palomas y no cuervos.

Arturo PÉREZ CAMARERO

FOT. RENES

MUJERES DE PARÍS

Los avatares de Claudina



Polaire, la hija de un Faraón



... transformada por la metempsicosis en "estrella"



... son tan semejantes, físicamente, que se confunden en la imaginación de las gentes, que no ven en la escritora y en la actriz sino un solo personaje: "Claudina"

Cuando apareció la prodigiosa historia de *Claudina en la escuela*, convino París, que es como decir el mundo, en que aquel novelista perfectamente vulgar que no había escrito hasta entonces sino absurdas necedades muy *boulevardières* y muy *montmartroises*, por lo mismo que no existían ya ni el *boulevard* ni *Montmartre*; aquel prosaico burgués, adornado con la chistera, la perilla y la panza de un *commis voyageur*, y con el seudónimo exótico y cursi de *Willy*, era al cabo, y á pesar de todas las apariencias contrarias, un gran sentimental y un maravilloso conocedor de ese espíritu complejo y enigmático, sutil y desconcertador, que es el de las mujeres cuando comienzan á serlo, sin haber dejado aún de ser niñas...

La historia de Claudina prosiguió al través de las páginas magistrales de *Claudine à Paris*, *Claudine en ménage*, y *Claudine s'en va...* Y al cerrar, con esta última novela, el ciclo de las «Claudinas», digno de la inmortalidad, *Willy* había dejado de ser el cronista ramplón de los fumadores de opio, de los *cabarets* y de las mancebias—la triste y nauseabunda farsa de la Place Blanche—para dignificarse con el estudio profundo y sereno de un alma de muchacha romántica y sensual, ingenua y avisada, casta y perversa, amorosa y cinica, completamente humana y pa-

ra *Willy*. Por ello, y para vencer justificados desvíos, el usurpador de las «Claudinas» llevó su falta de escrúpulos hasta el extremo de profanar una novela de su mujer, *Claudina en París*, transformándola en comedia que se estrenó en los *Bouffes Parisiens*, y cuyo papel de «Claudina» sirvió admirablemente á la Polaire para ganar dinero y notoriedad... Desde entonces, Polaire y Colette—tan semejantes, físicamente, que parecen hermanas—se confunden en la imaginación de las gentes, que no ven en la escritora y en la actriz sino un solo personaje: «Claudina»...

Y á fe que puestas una al lado de otra, para distinguir á Colette de Polaire y á Polaire de Colette hay que estudiarlas; tienen la misma frente aureolada de sueltos é inquietos rizos; los mismos ojos rasgados y un poco oblicuos, que hacen pensar en avatares orientales; la misma cara triangular, de expresión y de gracia felinas... Pero la actriz nos sorprende con su inverosímil talle «de avispa»: una cintura que parece quebrarse á la menor flexión; en tanto que la escritora se nos muestra perfecta, de sana y fuerte armonía, estatuaría como todas las admirables mujeres de las Galias...

... Y estas son las «Claudinas»: la auténtica y la fingida; la que vive «su vida» en ansia y en quereencia perpetua de ideal, y la que simula cien vidas, ninguna de las cuales puede ser la suya... Estas son las «Claudinas»: las dos mujeres inteligentes y bellas á cuya sombra medró *Willy*, el hombre con panza, chistera y perilla, tipo clásico del *arriviste* que á orillas del Sena lleva nombre de pez y tiene la piel cubierta de azules y aceradas escamas...

ANTONIO G. DE LINARES



... y Colette, la autora de las "Claudinas"...

ra sido también víctima perpetua, y su cretino de marido hubiera seguido firmando obras maestras que no eran suyas... Pero «Claudina» es parisiense... «Claudina» rompió el yugo, y con su divorcio recabó su libertad y la gloria de sus novelas... *Willy* volvió á escribir insuperables sandeces, volvió á ser el cronista ramplón de los *cabarets* y de las mancebias, y regaló á los imbéciles y á los anormales con sus idiotas abyecciones de la *Maitresse d'esthètes*, del *Vilain monsieur*, de *La tournée du petit duc* y de *Lélie fumeuse d'opium*...

Mientras tanto, Colette emprendía, sola y libre, su vuelo, y en las etapas sucesivas de su *Retraite sentimentale*, de sus *Dialogues de bêtes*, de sus *Vrilles de la vigne* y de su *Vagabonde*, iba hacia el azul de los puros y nobles prestigios, para quedar entre ellos como la figura literaria y femenina más interesante de su siglo...

ooo

Colette es Claudina, pero Claudina y Colette tienen una contrafigura en Polaire, la hija de un Faraón, transformada por capricho de la metempsicosis en «estrella» de los escenarios de París. *Willy* amó á Polaire, y Polaire no amó nunca



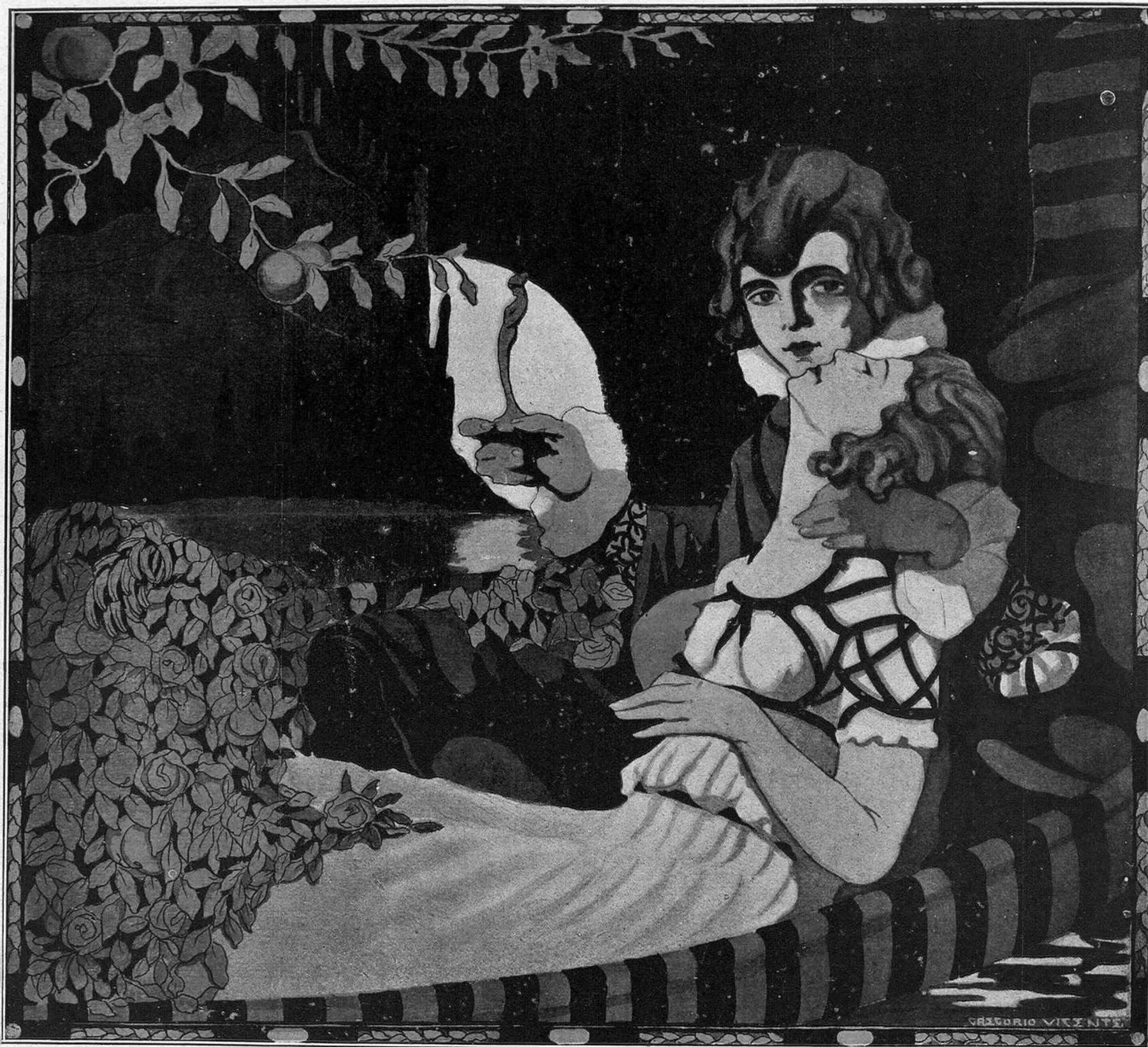
... que escribió sus novelas contando su propia vida...

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo original de Rafael Sanchis Yago





AMEMOS A LA ESTRELLA Y A LA ESPUMA

Noble princesa y peregrina dama:
ante tu amor mi corazón se inclina
y por tu encanto pálido de ondina
mi apasionado espíritu se inflama.

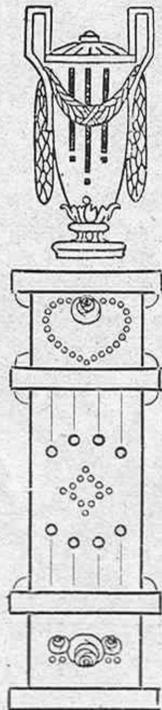
Así mi ardiente corazón te ama
y, ávido, te presente y adivina,
á la vez que en la rosa y en la espina,
en la nube, en la onda y en la llama.

Nauta de la ilusión y el sentimiento,
en todo cuanto es bello te adivino,
en todo cuanto es puro te presento.

Y hacia tu amor me arrastra mi destino
como á la débil hoja el torbellino,
como á la nave sin timón el viento.

Bajo un nocturno cielo transparente,
por un río de amor y de elegía,
bogando hacia tu alma va la mía
como una negra góndola doliente.

Aun alientan los sueños de la frente
en esta noche mágica y sombría.
Hacia tí sé que voy. La fe me guía.
Sólo mi alma flota en la corriente.



La gloria y el amor forman mi anhelo;
por ambos combatiendo me consumo
y hallo la vida luminosa y bella;

aunque hajo este mismo claro cielo
á veces pienso que el amor es humo,
la gloria, espuma, y la ilusión, estrella.

Todo en la vida es transitorio y vano;
nada en ella perdura y persevera.
Muere la luna de la primavera,
nacen los rojos soles del verano.

Fugacidad feliz: pálida mano,
risa, lágrima, beso, voz viajera.
Felicidad fugaz: paloma huera
que huye ligera del nidal humano.

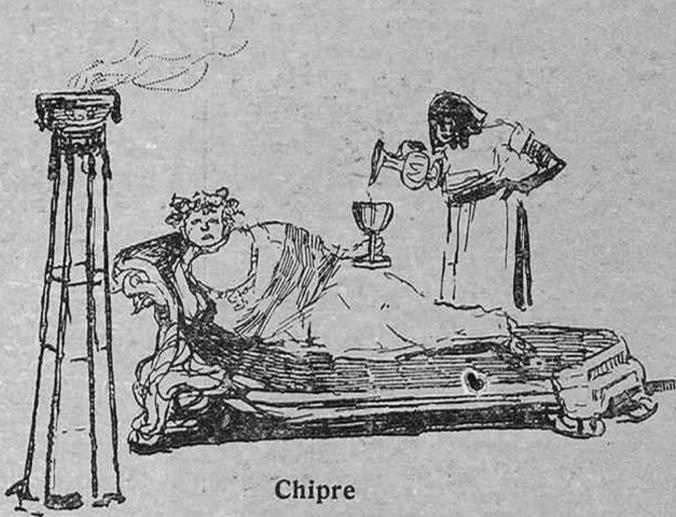
Así mi corazón de amor se abrasa
por todo lo que pasa—¡oh, ciencia sumal—,
pues que es eterno todo lo que pasa,

amemos á la estrella y á la espuma
y goecemos, sufriendo, en esta brasa
antes de que este fuego nos consuma.

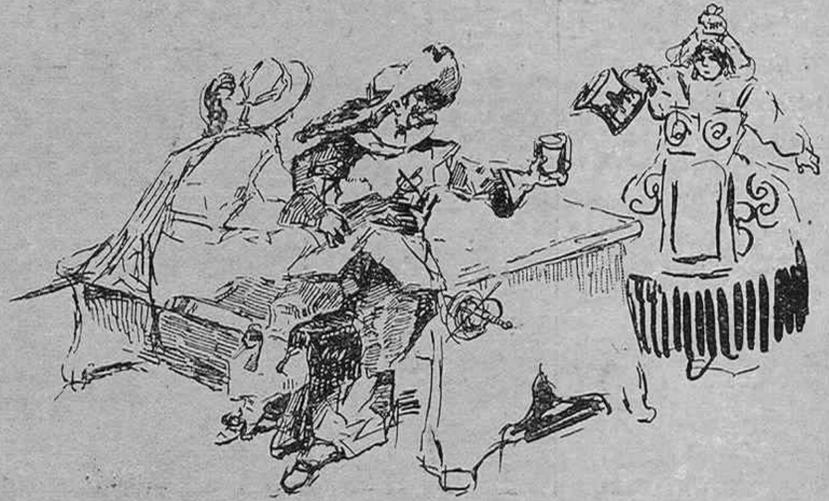
Salvador DALVERDE

DIBUJO DE GREGORIO VICENTE

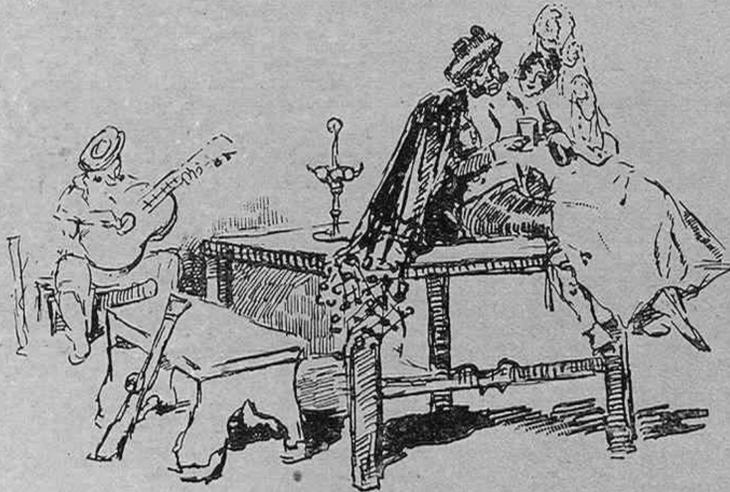
LOS FRUTOS DE LA VENDIMIA



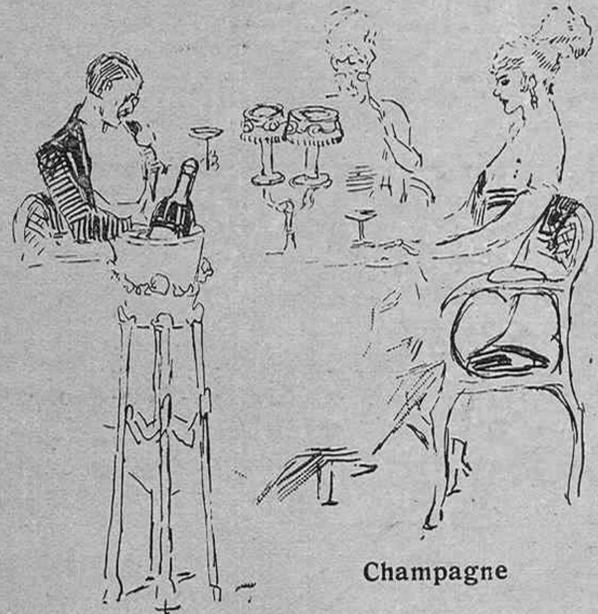
Chipre



Sanguetoro



Manzanilla



Champagne

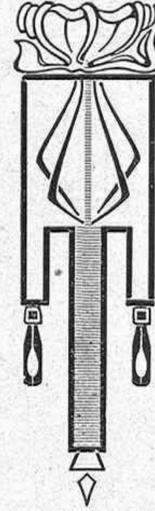


Peleón



Ruvin

UNA RARA ANÉCDOTA ESCALOFRIANTE



Los versos de Ligeia terminaban así:

«Y este drama inmortal se llama el Hombre, y el héroe es el Gusano conquistador.»

Nos quedamos silenciosos. Las campanas del Hospital del Buen Suceso doblaban en la paz azul de la tarde. Estos bronces melancólicos deben de sonar agoraramente en estas salas de hospital, donde la carne sensual y triste se retuerce entre los tentáculos del Dolor, ciego y fatal. Son

las escenas del *drama eterno*, cuyo protagonista es el *Gusano triunfador*. Pero Edgardo Poe era un iluminado espiritualista. Más abajo, la misma Ligeia exclama: *Los hombres pueden ser iguales á los ángeles; no se muere completamente más que cuando se ha perdido la voluntad de vivir.*

Estas palabras, aromadas de eternidad, caen como un incienso, como un óleo divino, sobre el horror del fin, sobre el estremecimiento de la carne que tiene la evidencia de su fin.

—¡Ah! ¡Entonces es cierto que los muertos vuelven!—suspira mi amigo—. Los que no han perdido la voluntad de vivir, volverán á nuestro lado á compartir nuestras alegrías y nuestros dolores, invisibles para nuestros ojos físicos.

Mi amigo es el que Maistre llama el *otro*, el que piensa, sueña, llora y camina por las regiones más abstrusas del conocimiento. Yo no le he visto nunca el rostro, aunque es mi camarada inseparable. Oigo constantemente su voz, pero resuena en el fondo de mi sér, en estas grutas encantadas y misteriosas de lo subconsciente. Mi amigo se ausenta, á veces, de mí, en las expansiones bellacas é imperiosas de la vida á ras de tierra. El habla en un lenguaje ideal, que la máquina fisiológica, á ratos, se niega á comprender. Pero en estas horas, el *otro* es dueño y señor de la máquina, la bestia se ha dormido y puede filosofar á su antojo.

Junto á mí está un gran poeta que todos admiráis, Pedro de Répide. Este poeta oye hablar á mi amigo, *al otro*, y responde á sus inquietudes.

—Tenemos ejemplos literarios, universalmente conocidos, de que los muertos vuelven. Shakespeare nos presenta al padre de Hamlet, y nuestro Galdós hace aparecer á la madre de Electra. Es la celeste intuición del misterio que tienen los poetas. Pero, aparte de las creaciones artísticas, existen otras pruebas *más documentarias*. Desde el viejo, ingenuo y venerable Allan Kardec hasta ahora, los testimonios de la presencia de los aparecidos se han centuplicado. Hay una copiosa bibliografía. *Maese Pérez, el organista*, vuelve todas las noches á tocar su salterio, como presintió el genio iluminado de Bécquer.

Pedro de Répide hace una pausa; después prosigue con su galano decir de abate dieciochesco:

—Más que el episodio literario, nos impresiona el relato personal de lo maravilloso. Le voy á contar un episodio, que refiere en sus Memorias un diplomático extranjero. El lo vió, le su-

cedió á él, y lo refiere con una palpitante emoción de realidad. Yo lo he escrito alguna vez, no recuerdo en qué periódico.

Este joven diplomático, escéptico y librepensador, como buen hijo del siglo XIX, fué una noche á un baile de máscaras del Teatro Real. Iba dispuesto á divertirse, sin preocuparse de las cosas trascendentes. Era amigo del marqués de Salamanca, y ya á la madrugada sé fué á su palco, para contemplar el pintoresco y lujoso conjunto de la fiesta. Se quedó un momento solo en el palco. Era el instante de mayor animación. Las mujeres más hermosas de Madrid, los hombres más ilustres... La Locura agitaba sus sonajas triunfales al ritmo de las danzas más ardientes, en el misterio nupcial de los antepalcos... De repente, la cortina se alzó y una bella enmascarada se acercó á nuestro héroe... Era una mujer alta, muy esbelta; iba aburujada en un ropón negro, y en el pecho llevaba prendida una magnífica rosa de té. El antifaz cubría su rostro. Extendió su manita aristocrática y enguantada con un gracioso ademán, y exclamó:

—Sígueme.

Encantado con tan extraña aventura, el diplomático la siguió. Atravesaron los corredores, el vestíbulo y salieron á la calle.

—¿A dónde vamos?—preguntó el galán.

—Sígueme—replicó la misteriosa enmascarada.

Las calles estaban desiertas. Febrero había vestido de escarcha los jardines, como los ingenuos arbustos de la Navidad. La dama de la rosa en el pecho caminaba en silencio, abstraída, como olvidada de su acompañante, que, aunque bordaba lindamente el tema de amor, no obtenía ni una sola palabra agradable de correspondencia.

Cruzaron la calle del Arenal, la Puerta del Sol, la calle de Alcalá... Debo advertir que la ciudad acababa entonces unos pasos más allá del palacio de Buenavista.

El diplomático comenzó á sentirse inquieto. ¿Se trataría, acaso, de una celada? Solos estaban en la calle negra, la misteriosa y muda belleza y él. Un farolillo de devoción ardía ante una hornacina de la iglesia de San José. La dama se encaminó al templo y entró por la puerta de la calle de las Torres.

—Pero ¿á dónde vamos?—preguntó el mozo, sobrecogido por el extraño rumbo que tomaba la aventura de carnaval.

—Sígueme—ordenó la voz enigmática de la mujer del negro ropón.

Y ahora comienza lo verdaderamente misterioso. Entraron en la iglesia, primero la dama, y él detrás. Pero ¿no os parece muy raro que á aquellas horas—las tres de la madrugada—estuvieran abiertas las puertas del templo? La iglesia yacía en una penumbra amedrentadora. La dama avanzó resueltamente y por las naves. De pronto, entre las sombras de una

capilla, su figura se esfumó como un penacho de humo. El galán la llamó á voces y reconoció á tientas la iglesia, vanamente. Su voz retumbaba bajo las bóvedas sonoras, y un miedo glacial, el latigazo de lo sobrenatural, le sobrecogió. Al cabo de unos instantes divisó una vaga claridad amarillenta en la capilla más apartada. Como un autómatas encaminó allí sus pasos y estuvo á punto de caer muerto de espanto. Á la luz de cuatro hachones amarillos se veía un túmulo funerario. Era entonces costumbre que los cadáveres pasasen la última noche en la iglesia, antes de su enterramiento en el mismo santo lugar. Aquel día había muerto una dama aristocrática, y el galán vió en el suntuoso ataúd, tendida, helada, divinamente pálida, á la misteriosa enmascarada del baile del Real. Sobre la negrura litúrgica de su ropón, á la altura del seno, tenía una mustia rosa de té.

Después de una pausa, mi amigo el metafísico, el *otro*, recordó que las apariciones suelen acaecer inmediatamente de la muerte física... Y creyó en la veracidad de este episodio, bellamente macabro.

Los espiritistas creen, sin embargo, que á la muerte sucede un período de turbación, en el que los seres no se manifiestan; todo lo contrario de los teósofos, que afirman que en rarísimos casos vuelven los muertos. Y, si acaso, esto sucede únicamente en los primeros días que siguen á la desencarnación...

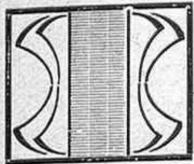
Lo fundamental es la fe, la honda é inefable fe en la vida del más allá... La creencia de que, al acabar *este drama que se llama el Hombre*, no corre para siempre la cortina *el Gusano conquistador*.

—Y tú, ¿tienes esa fe, que es como un resplandor de eternidad?—le he preguntado *al otro*.

—Mientras tú comes, fumas y te diviertes, yo vago por los espacios en busca de esta llamita ideal del conocimiento trascendente. Mi fracaso será la caída de los ángeles y el triunfo del Gusano de que hablaba Ligeia. Este drama que se llama el Hombre, me parece que no termina bien con las escenas de carroña y de putrefacción. Y en un anhelo de dramaturgo idealista, sueño con una apoteosis, toda azul místico y oro milagroso, como un rompimiento de gloria, para cuando caiga la cortina...

EMILIO CARRERE

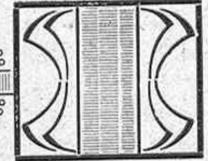
DIBUJO DE MOYA DEL PINO



LOS POETAS Y EL AMOR

LAS MUJERES DE GARCILASO

ELISA, Ó EL SOLLOZO



ELISA es el amor de Garcilaso; amor de poeta, amor de hombre, armonía de corazón y laúd.

Galatea es la infancia. Flérida, la adolescencia. Elisa es todo Garcilaso. Porque, por ella, siendo ya hombre, vuelve a ser niño y paje, cándido y galán. Por ella corre el mundo de zona a zona, sobre el corcel Melancolía. Para ella, y en los mármoles del idioma, ha cincelado el epitafio más gentil.

Toda la obra de Garcilaso no es más que un florilegio de este amor. Flérida y Galatea inician este florilegio, como las mujeres de Itaca iniciaban el coro epitalámico. El niño y el doncel son caminos para llegar al hombre, y el hombre encuentra a Elisa a la hora de su sazón espiritual.

Sonetos, églogas, canciones, están unguados de aquel óleo, serenados de aquel recogimiento. No hay en este amor por Elisa fragores líricos, pero hay un gran dolor humano. Garcilaso no grita, porque solloza.

Y ella, ¿merece este sollozo? Ante nosotros pasa, honesta y muda, llevada de la mano por el Misterio. Los escritores de la época, poco respetuosos, como se sabe, la mencionan sin sombra de liviandad. La Evocación la ve pasar, como una dama de Pantoja, engolada, grave y gentil, con su justillo de bullones y cuajado de perlas el cabello rubio. Se llama doña Isabel Freyre. Es portuguesa. Vino a España de dama de la emperatriz.

«De sus amores—dice Faria Souza—fué Garcilaso muy dretido, estando ella en Palacio, y á ella son los más de sus versos. Y aunque un anotador dice se entiende por Nemoroso su marido D. Antonio de Fonseca, Garcilaso la llora por sí, como quien la galanteó en Palacio antes de casar, y quién sabe si con intento de casar con ella.»

En estos galanteos de Garcilaso debió mediar la circunstancia de ser la emperatriz grande amiga y admiradora suya, al extremo de encomendarle aquel mensaje familiar á Fontainebleau, portador de las confidencias entre una reina y una emperatriz. Y siendo dama de la emperatriz doña Isabel Freyre, y Garcilaso su galán, las vistas y revistas debieron ser frecuentes, si no dichosas.

Públicos fueron sus rendimientos y finas ansias por doña Isabel. Pero también es público que entrambos casan de allí á poco: doña Isabel, con D. Antonio de Fonseca, y Garcilaso, con doña Efena de Zúñiga.

¿Qué pudo suceder para resolución tan decisiva? ¿Oyó doña Isabel las porfías de Garcilaso? ¿Fué el de nuestro poeta amor «sin esperanza ni correspondencia», como insinúa la escritora portuguesa doña Carolina Michaelis y acepta Menéndez Pelayo? La Erudición, con ceño implacable, no quiere oír más voz que la documental, y excluye de sus «coros de papel» á la voz humana.

Porque quienquiera que haya puesto oídos al sollozo de Garcilaso, habrá escuchado la «Canción», escrita con el elocuente y expreso mote: «Habiéndose casado su dama.» Es tan íntima, tan gentil, tan melancólica esta canción, que bien puede valer por un «documento». Oid al delicado acusador de Elisa:



Retrato de «Una dama joven», por Pantoja

«Culpa debe ser quereros según lo que en mi hacéis. Más allá lo pagaréis, do no sabrán conoceros por mal que me conocéis.»

En esta cantilena de ingratitud, Garcilaso es el sándalo de la leyenda india; perfuma el hacha que le hiere, canta y bendice el «dulce mal».

Y ella, ¿merece este perfume y este cántico? Casada, honesta y silenciosa, esta hermana menor de Laura y Beatriz, se aleja, para idealizarse, como una serenata ó como un recuerdo. El perfil, alargado y «botticellesco», es ingravido, asciende hasta los cielos como un fantasma. De doña Isabel Freyre apenas queda ya el esbozo. En el cuadro aparece Elisa. Y si la dama de la emperatriz, por adusta ó cruel, no merece el amor del hombre, la Musa es digna del laurel del poeta.

Entrar en el jardín de Garcilaso es ver tronchado aquel laurel, por tierra aquel bello rosál. A lo largo de estas lozanas frondas poéticas corre un sagrado río de humanas lágrimas. Huyendo del dolor de amor, apasionado y conturbado, Garcilaso cruza la tierra, enfermo irremediable del «dulce mal», llevando tras de él, invisible, á Elisa, como el jinete de Durero, á cuya grupa va la Muerte.

Sobre el plano de las poesías de Garcilaso márcase claramente el itinerario de este amor, como una ruta sobre un mapa. Tal día, sale de

Toledo; tal, llega á Nápoles; tal otro, embarca para Malta ó Argel. Del mismo modo en el amor: tal «Canción», es de incertidumbre; tal, es de añoranza; tal soneto, es de evocación; tal, de profecía.

En el horario de este corazón, las manos adoradas de su Elisa van marcando las horas de padecer. El soneto I es como un rey de armas que pregonase los comienzos de esta divina lid de amor:

«Cuando me paro á contemplar mi ^{estado} y á ver los pasos por do me ha traído, hallo, según por donde fui perdido, que á mayor mal pudiera haber llegado. Mas, cuando del camino ^{estó ol-}vidado, á tanto mal no sé por do he venido. Sé que me acabo, y más he yo sentido ver acabar conmigo mi cuidado...»

La noble desazón va ganando el ánimo insigne, como un río las márgenes desbordadas. Elisa, indiferente ó enigmática, sigue impassible en su pedestal de estatua honesta. Garcilaso se angustia en la incertidumbre. La sensación de sus congojas se expresa en el soneto á Dafne, de una delicadeza conmovedora:

«Á Dafne ya los brazos le crecían, en luengos ramos vueltos se mostraban; en verdes hojas vi que se tornaban los cabellos, que al oro escurecían. De áspera corteza se cubrían los tiernos miembros, que aun buñiendo estaban; los blancos pies en tierra se hincaban y en torcidas raíces se volvían. ... Aquel que fué la causa de tal daño, á fuerza de llorar, crecer hac a este árbol, que con lágrimas regaba. ¡Oh, miserable estar y desengaño! ¡Que con llorarla crezca cada día la causa y la razón por que llora!... [ba!...]

Llegamos á la hora definitiva. Doña Isabel de Freyre casa con D. Antonio de Fonseca. ¿Enamorada? ¿Resignada? Honesta y silenciosa, es conducida á los altares por el Misterio.

A poco, Garcilaso se desposa con doña Elena de Zúñiga. ¿Enamorado? La interrogación

es ociosa. Garcilaso pierde á doña Isabel, pero gana á Elisa. Y la obra y el amor, guardados por la gentil sombra, juegan en el jardín poético como dos hermanitos de Perrault, guardados por el Hada amiga.

Engarzados en joyas de ternura, brillando con las aguas lípidas de los diamantes y las lágrimas, los Sonetos y las Canciones labran el mauseo de Elisa.

Y su poeta y amador, héroe y galán, tronchado en flor, como un Leandro ó como un Héctor, está serenamente ante el sepulcro como aquel perfil griego que apaga con el pie una antorcha.

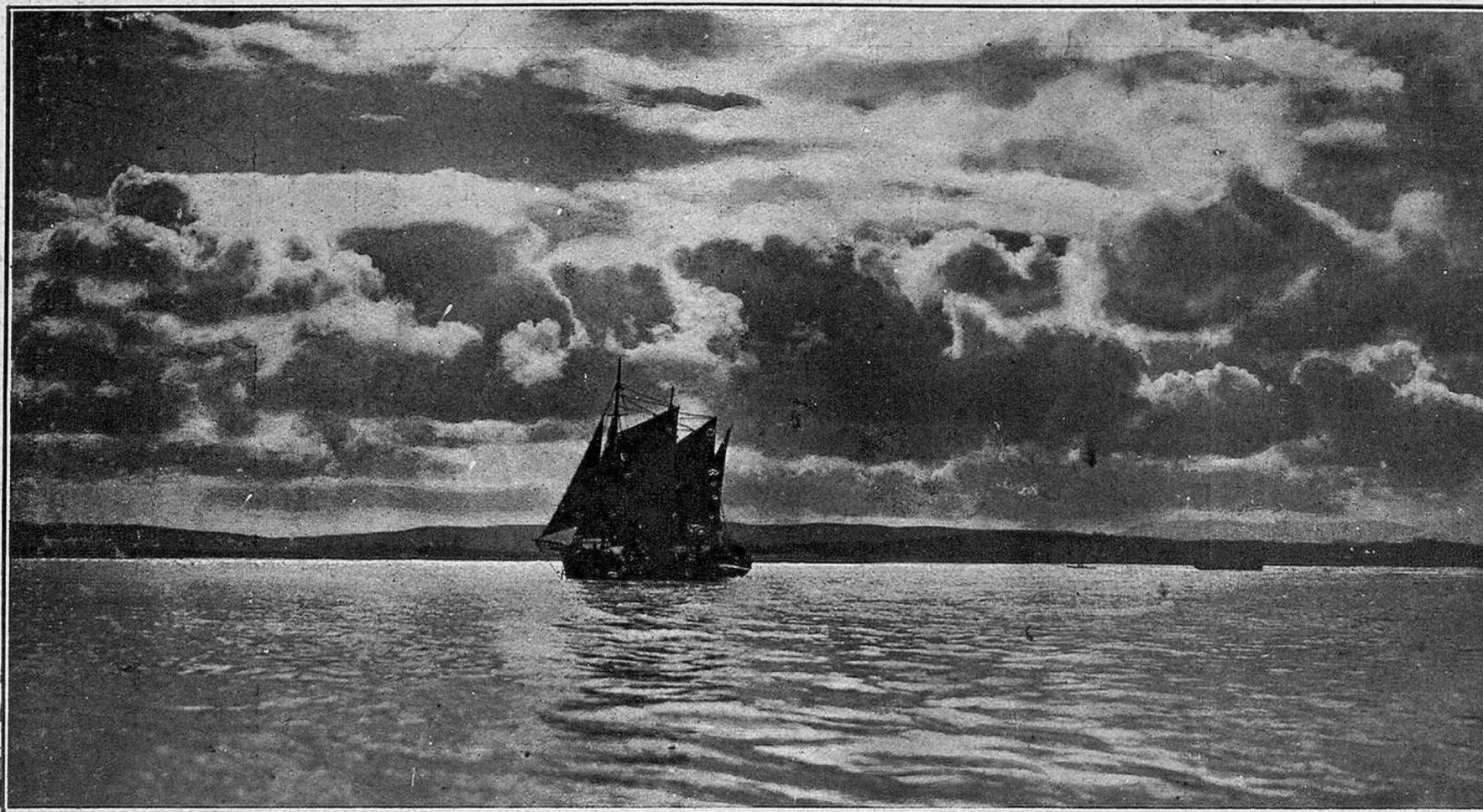
Galatea es la mujer desvelo; Flérida, la mujer encanto; Elisa, la mujer sollozo. Bajo las tres formas gentiles se apareció el Amor á Garcilaso, niño á quien desvelara la Hermosura, galán á quien rindió la Gracia, hombre á quien la Ternura arrancó sollozos. Con las tres fraternales Musas apareció á Garcilaso la Poesía; la musa del desdén, la del donaire y la del dolor: Galatea, Flérida, Elisa.

Galatea, con el vellón de sus corderos; Flérida, con la gola de sus encajes, y Elisa, con sus muertas manos cruzadas, son las tres Gracias, las tres Musas y las tres Mujeres. ¡Padre y Maestro! Danos tu gracia y bendición y venga á nos tu reino de Poesía...

CRISTÓBAL DE CASTRO

FOT. LACOSTE

MARINA



Un velero en la bahía de Santander

UNA nube enorme apoya su obscuro vientre en el cercano monte de Calarga y se extiende sobre la bahía, quebrándose en fantásticas volutas de contornos iluminados por el sol.

Al fondo del paisaje, en la misteriosa oquedad formada por nubes y montañas, se columbra el perfil cónico de Solares, y más allá los de Brenas y Alisas, como escalones para subir a los agrios escarpados de Peñas Rocias, que, envolviendo sus crestas en las nieblas, amurallan el horizonte.

Quietas las aguas de la bahía, repiten las tonalidades de los montes verdes y del cielo plomizo, y sobre estas manchas de color pasan, resbalando, trémulos fillos de luz, que se funden en el gris azulado de las aguas.

Nuestro bote se desliza, rasgando la sedosa superficie, al impulso de brazos vigorosos que, acompasadamente, hunden y levantan los remos propulsores.

Vamos al mar.

Hombres de tierra adentro, estas excursiones sobre un medio movido de extraña blandura, tan distinto del firme por el que habitualmente caminamos, tienen todo el encanto de lo insólito, que no amengua ni el recuerdo de otras largas y penosas travesías marítimas, hechas en anteriores tiempos.

Para nosotros siempre es nueva esta vida de mar.

Por eso escuchamos con interés el decir de estos buenos marineros que nos conducen contándonos los incidentes de sus faenas de pescadores, y el más anciano, sus andanzas en aquellos tiempos heroicos de las viejas y audaces corbetas, que empleaban meses y meses en sus viajes transatlánticos.

Frente a la península de la Magdalena nos muestran algunos ejemplares parecidos a aquellas antiguas embarcaciones y el de un bravo patache, velero costeño de singular aparejo.

Tienen todos sus velas tendidas, en

espera de un viento favorable para hacerse a la mar.

¡Aun esperan el viento en este siglo, en el que se le da alcance y se le pasa!

Vemos sobre cubierta los recios marineros que las tripulan, y pensamos en las horas de tedio que les aguardan durante los calmazos desesperantes, y en las de angustia, cuando los furiosos temporales les acometan, teniendo que defenderse con tan pobres medios. Admiramos el callado valor de aquellos héroes ignorados, sin cruces en sus pechos, sin aplausos que premien su heroísmo, sin un cantar para sus hazañas.

No lejos el *Giralda*, el yate real, reluciente y pulquérrimo, se contempla, presumido, en las tranquilas aguas.

El mar libre se acerca.

Como resoplidos de monstruo que duerme, llegan a nosotros las ondas, balanceando nuestra diminuta embarcación.

No amenazan. Son ondas de caricia, grandonas y blandas; pero aun así, despiertan en nos-

otros un vago temor, porque nos hacen pensar en que aquel suave movimiento de las olas puede trocarse en zarpazos brutales de fiera irritada, é instintivamente nos damos cuenta exacta de que vamos cabalgando en lomos de lo trágico.

Pero pasa el temor rápidamente, porque la emoción del abismo, verdinegra fauce que el monstruo nos enseña, la borra la visión del azul intenso, tan intenso que hace palidecer el del cielo. Es un azul que evoca sensaciones de días venturosos, de horas plácidas, de momentos de amor y de esperanza... de todo lo bueno y querido que nuestras almas han gozado al pasar por la vida.

¡Qué bueno es el mar, cuando es bueno!

Como es grandioso en todo, su bondad es tan grande, como grandiosamente trágica su ira. Hoy, la mar bella juega cariñosa con nuestra barca y nos mece en sus ondas. Sobre su piel rizada van saltando, alegres, otras muchas barquillas. Una de pescadores que regresa, se cruza con la nuestra; lleva izada la vela. Canturrean los hombres al compás de los remos, rimando la canción y el movimiento.

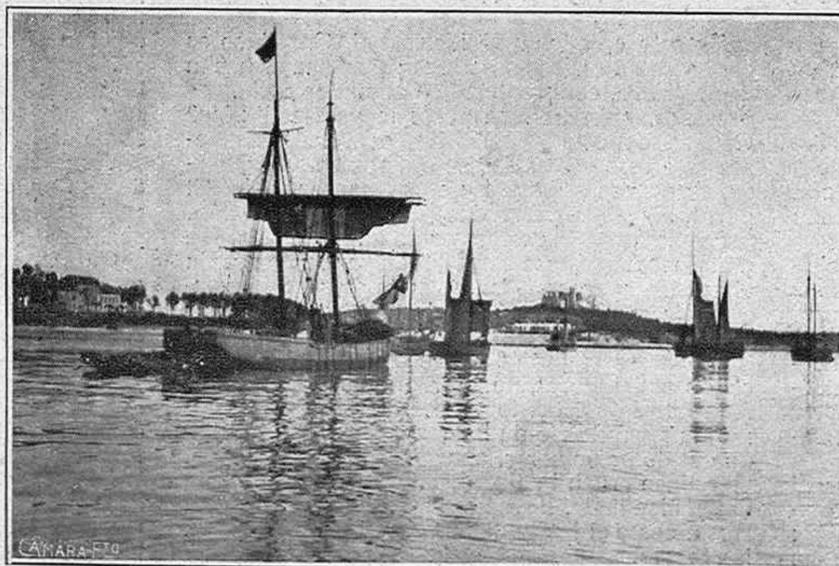
Vuelven de la pesca, donde van diariamente a ganarse el pan con el sudor de su frente y el sobresalto de sus corazones.

Los obreros de nuestras tierras lo ganan sólo con el sudor de su frente.

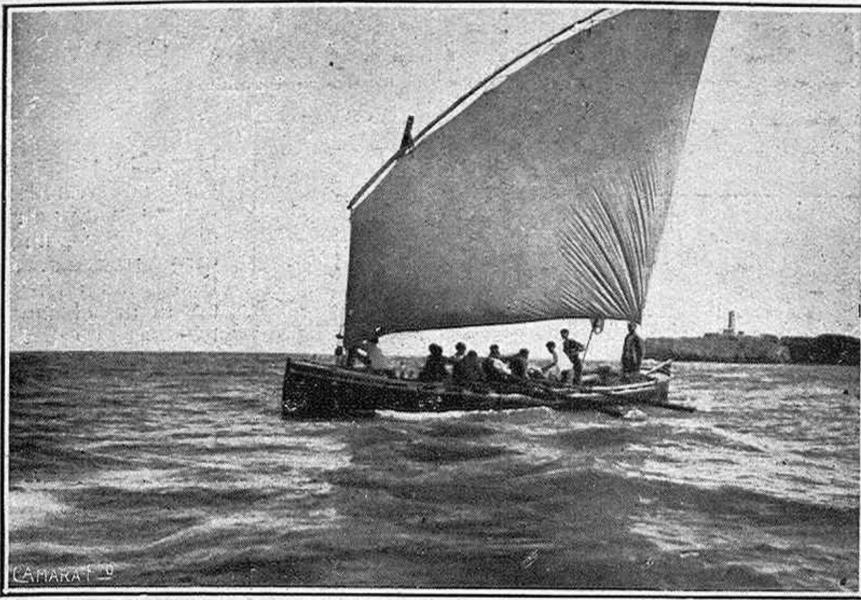
De los que viven sobre la superficie de los mares, son aquéllos los más desamparados, casi indefensos.

Curtidos en la lucha, y flagelados constantemente por los temporales, hoy gozan más que nadie de la bonanza y vierten su alegría en canciones cuyos ecos van quedando flotantes sobre las aguas.

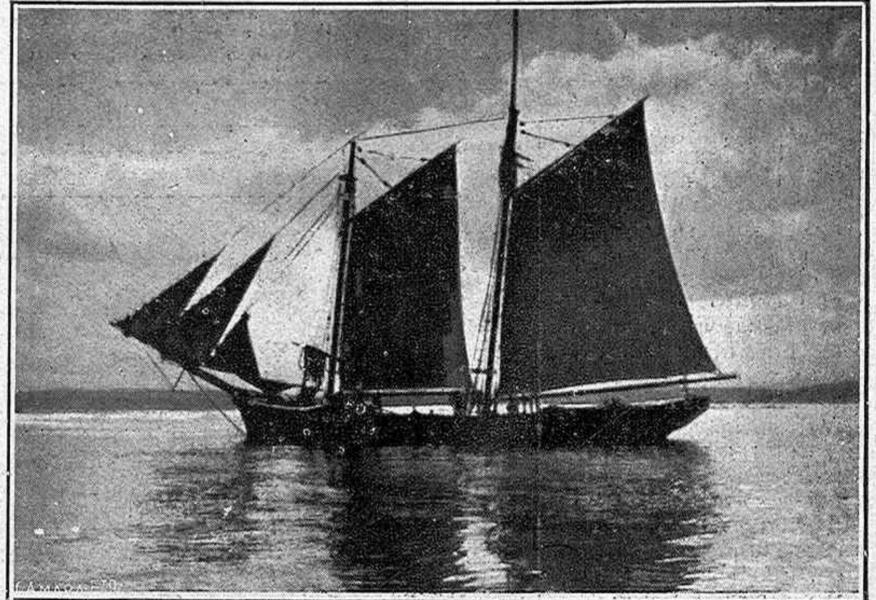
Mar y cielo sonríen. Nuestros ojos se embriagan de azul y aspiramos con delicia los aires marinos cargados de salud, se fortalece el alma con esta ofrenda de luz y de vigor que nos envía la Naturaleza, y se llenan de orgullo inocente al creerse dominadores de la inmensidad.



Un patache



La vuelta de la pesca



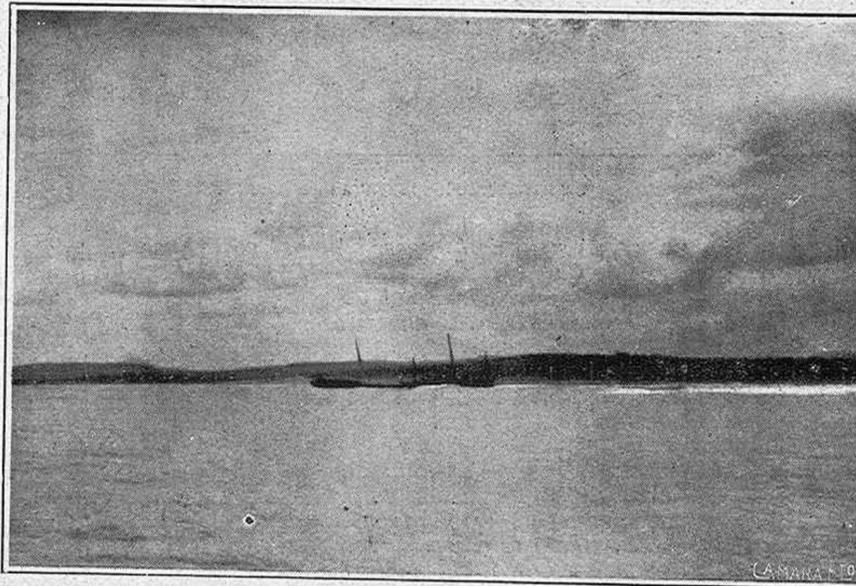
Un "pailebot" en espera del viento

Y así vamos bogando, venturosos, en esta halagüeña ilusión de dominadores, y así van todos los que, como nosotros, surcan el mar en esta mañana tranquila y luminosa, en que todo convida al optimismo.

Un momento lo empaña, como rompe la armonía en azul del panorama, el humazo negro que, como aliento de odio, va dejando á su paso un barco de guerra que se acerca.

¡La guerra! Los hombres que se destrozan en los campos, en las aguas y en los aires, los dominadores de la tierra, del mar y de la atmósfera, que á fuerza de sacrificios conquistaron, para convertirlos en grandiosos fondos de sus luchas repugnantes, manchándolos con horribles cuajarones de sangre. ¡El hombre! Hecho á imagen y semejanza de Dios, como El pregonera. ¡Pobre Dios, si así fuera!

El barco pasa; el humo negro se disipa en el azul del cielo, y, como aquél, se alejan de nosotros los sombríos pensamientos.



Un vencido del mar

Gocemos del placer que nos ofrece el día sereno y amoroso. Nuestro es el mar, al menos así nos dice la Ilusión.

La Ilusión solamente, porque allá en los confines de las aguas y la tierra, que marcan las blancas espumas de las olas rompientes, percibimos como un epílogo trágico que nos señala el dedo de la Realidad.

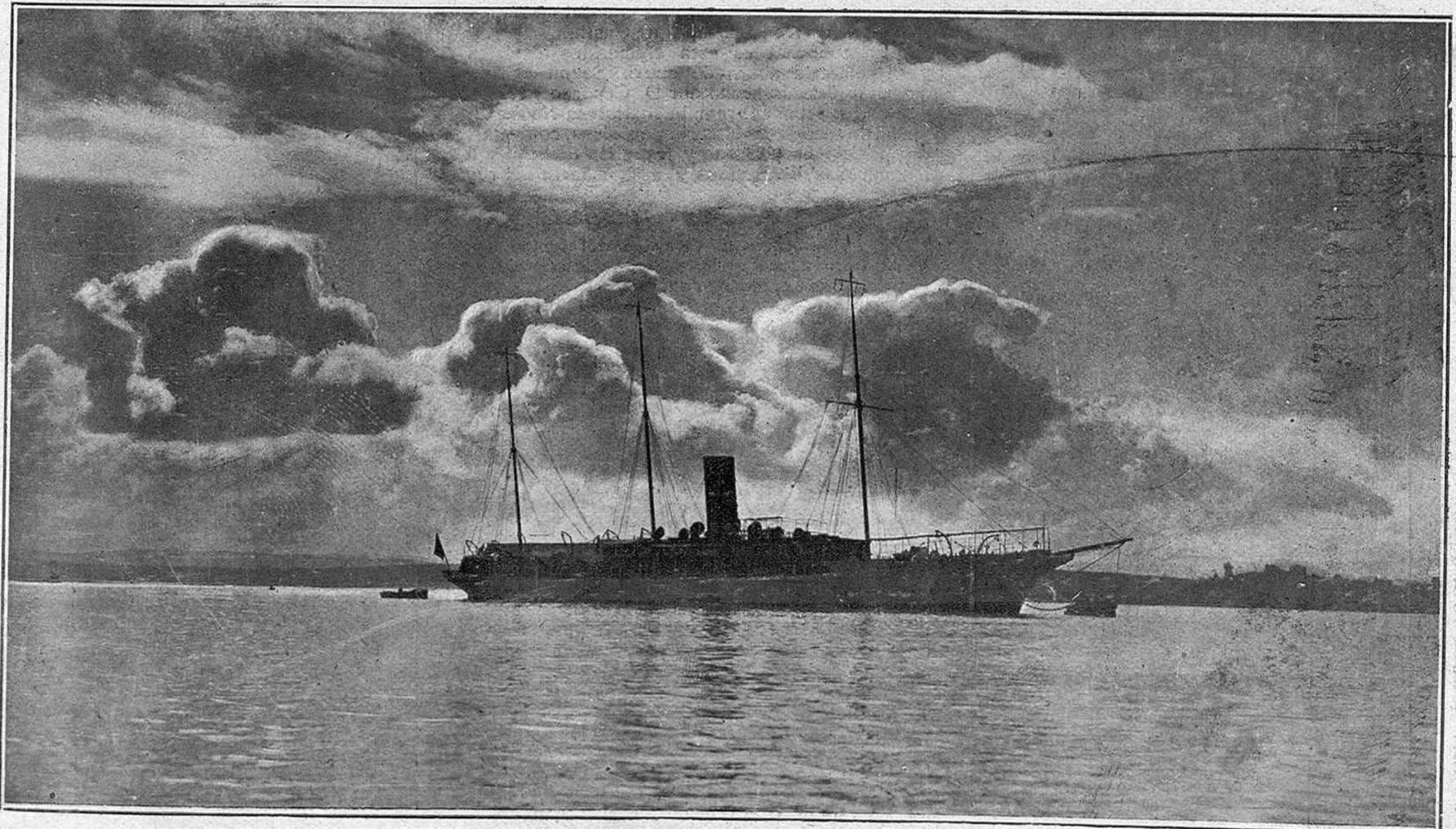
Un barco enorme yace tendido y destrozado. Es un vencido que sucumbió en la lucha con las ondas, con estas ondas que hoy nos acarician.

—Fué un instante—nos dicen los marineros—. Perdió el barco su gobierno y un horrible golpe de mar lo levantó como una pluma y lo arrojó, furioso, contra la arena, tumbándolo para siempre.

Hoy las olas lo azotan con desprecio y saltan, jugueteando, sobre su casco muerto.

L. ALONSO

Santander.



El "Giralda" en Santander

LA EPOPEYA DE LA PIEDRA

La piedra!... Desde la más remota antigüedad hasta muy entrada la Edad Moderna, al evocar esta palabra va surgiendo en nuestra mente el glorioso poema de la piedra, ya en bellas estrofas ofrendadas al arte, ya en épicos cantos inmolados á la guerra.

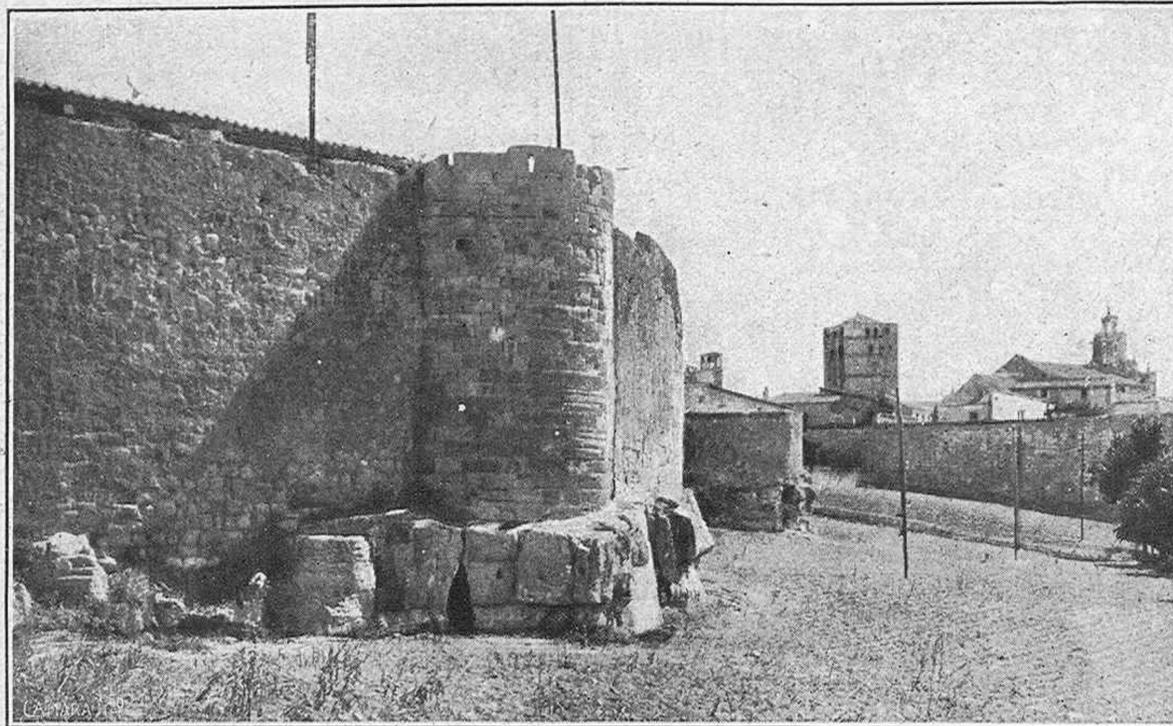
Entornad los ojos de la imaginación hacia la perspectiva del infinito pasado y veréis cómo, sobre la rasura inmensa, sólo la piedra se levanta para daros fe de los hechos, y su palabra, milenaria y robusta, es la maestra de la Historia.

Así lo interpretó Víctor Hugo en el libro *pétreo de Nuestra Señora de París*, y allí dejó el poeta francés hecho el mejor elogio de la piedra.

La crónica impresa y las artes modernas de la guerra fueron robándole á la piedra su significación histórica y su bélico valor; mil componentes diversos sirven hoy para la interpretación de la escultura y la arquitectura; la guerra se hace hoy, especialmente, entre la dinamita y el acero; pero ¿resistirán los mejores *rascacielos* norteamericanos lo que las pirámides egipcias?... ¿Qué quedará del famoso cañón «París» cuando los gases deletéreos sean lanzados sobre las ciudades más distantes desde los laboratorios de fabricación?

Si cuando llegue á conseguirse esto, la Humanidad no ha logrado extinguir el instinto fratricida de la guerra, no habrá ciudad que pueda resistir un asedio de siete meses, como el que resistió Zamora, merced al escudo invulnerable de la piedra de sus murallas.

La situación que esta noble y vieja ciudad ocupó siempre en la Península, actuando de plaza fronteriza, la obligó á cuidarse bien de la resistencia de sus muros, y á los primitivos, levantados por el genio militar de Roma y asolados



Un detalle de las murallas de Zamora

FOTS. CORTI

por aquel *rayo de la guerra* llamado Almanzor, substituyólos otros, alzados sobre las ruinas romanas por la generosidad de Fernando I.

Caveda, entre otros escritores, en un estudio hecho sobre los diversos géneros de arquitectura, cita las murallas zamoranas como una de las construcciones más notables del estilo romano-bizantino del siglo xi.

Tan famosa hizo á la ciudad la fortaleza de sus murallas, que lo mismo los árabes que los cristianos sabían de memoria aquellos romances que pregonaban su inexpugnabilidad:

De un lado la cerca el Duero;—del otro, peña tajada;—del otro, cincuenta cubos;—del otro, la barbacana.

Estas venerables piedras, glorificadas por tantos hechos notables de la Historia y aurificadas por el sol de tantas centurias, tuvieron su épica apoteosis en el memorable cerco puesto á Zamora por el rey Don Sancho II de Castilla.

Muy conocida es esta efemérides histórica para relatarla ahora de nuevo. Según un concienzudo estudio hecho por D. Cesáreo Fernández Duro, premiado por la Biblioteca Nacional, pasan de sesenta las historias, crónicas, comedias, composiciones poéticas y leyendas dedicadas á las murallas de Zamora y á la muerte del rey

Don Sancho.

Aunque las exigencias de la moderna urbanización y los naturales estragos del tiempo han hecho desaparecer gran parte de este glorioso cinturón pétreo, aun se conservan en pie los trozos más dignos de la veneración histórica.

La Puerta de Zambranos de la Reina, vulgarmente conocida por *Arco de Doña Urraca*, era una de las aberturas de la muralla contigua al palacio de la infanta zamorana, y desde uno de cuyos torreones reconvino la regia dama al Cid, cuando le llevó la embajada del rey Don Sancho, para que entregase la plaza:

Afuera, afuera, Rodrigo,—el soberbio castellano,—acordásete debiera—de aquel buen tiempo pasado...

Así dice el romance que exclamó Doña Urraca, y estos dos primeros versos, con un tosco bajo-relieve que reproduce el busto de la infanta, campean por encima del arco de la puerta. De su palacio sólo quedan el solar y los cimientos, con una escalera subterránea, cuyas paredes se hallan exornadas con dibujos de yeso, difíciles de precisar.

En otro lienzo de la muralla, acercándose hacia el Duero, se yerguen todavía (aunque desmochadas y ruinosas) las torres de la Puerta del Mercadillo, desde donde Arias Gonzalo contestó al reto de Diego Ordóñez de Lara, y por la cual salieron sus hijos para verse frente á frente del caudillo de Don Sancho y regresar después, uno á uno, destrozados por el vengador del monarca castellano.

¡Qué ansiedad para el pueblo! ¡Qué tortura para aquel modelo de padres y de patricios, el ver llegar, uno tras otro, muertos, á los tres hijos encargados de lavar el mote de traidora que Vellido Dolfos y Diego Ordóñez—el uno con sus hechos, el otro con sus palabras—habían lanzado sobre la ciudad!

Y no muy lejano de este lugar, en otro lienzo de muralla que avanza sobre el campo llano, solitario y cegado con piedra, se halla el portillo Dorena, el verdadero *portillo de la traición*, que muchos confunden con la Puerta del Mercadillo.

Por este portillo salió Vellido Dolfos hacia el campo del rey Don Sancho, y no muy lejos de él dió muerte al monarca de Castilla, en las tristes y groseras circunstancias que

la Crónica del Rey Sabio asegura y mil crónicas han repetido después.

También por ese portillo, disimulado y estratégico, volvió á entrar el regicida en la ciudad, al tiempo que, según el manuscrito del Archivo de Hijosdalgo, el caballo del Cid, que le perseguía, resolló en las ancas del de Vellido.

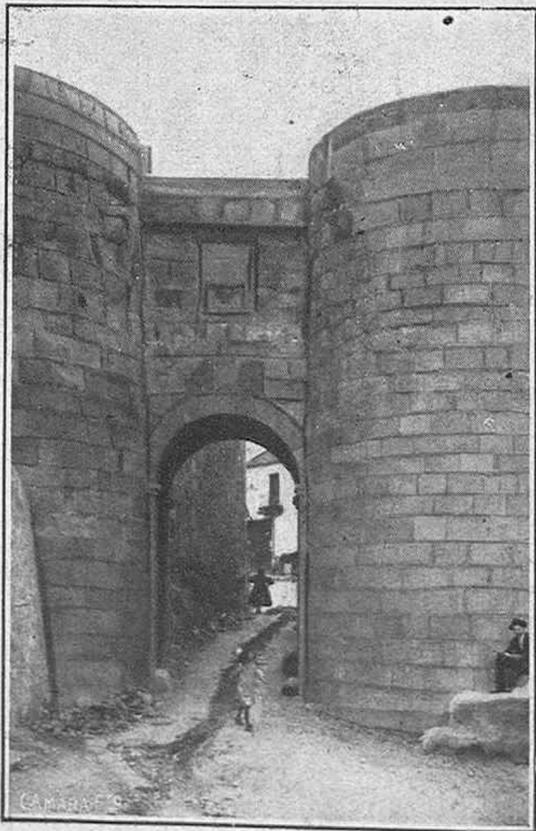
Y ya junto al río se levanta el muro de lo que fué palacio de Arias Gonzalo, de aquel tutor de reyes y héroes, que educó á los hijos de Don Fernando, reyes después de la división que, al morir, hizo el monarca de sus Estados, y tutor también de Rodrigo Díaz de Vivar, el arquetipo de nuestros caballeros y de nuestros héroes.

Esas piedras de la muralla, bravas y austeras, son el santuario del alma castellana...

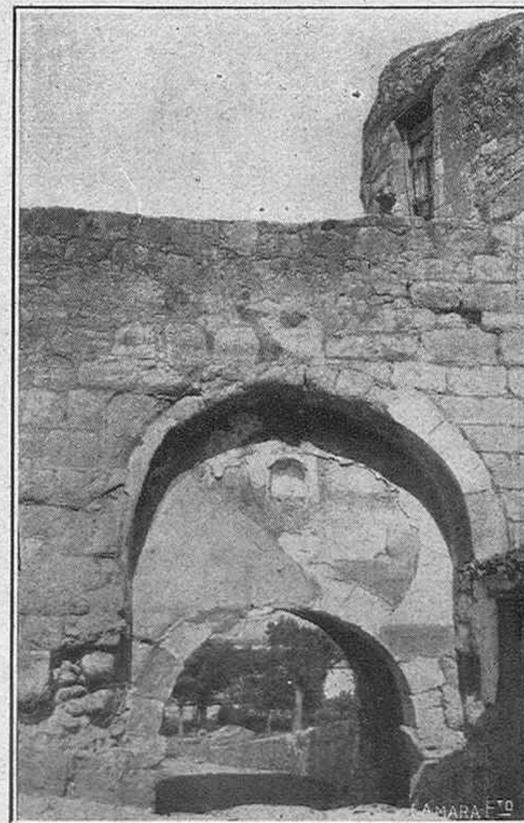
Ved si la piedra, esa ruda piedra que el sol calcina y el tiempo no abate, es bien digna de que se la loe, siquiera sea de pasada, en la efímera crónica de nuestra edad contemporánea.

JULIO HOYOS

Zamora, Septiembre de 1918.



Puerta denominada del Mercadillo, de Zamora



Puerta de Zambranos de la Reina, en Zamora

LOS GRANDES HOMBRES DE MI PATRIA CHICA

EL GENERAL ESPARTERO

Si á todos los jóvenes se les pudiera poner en condiciones de exteriorizar sus aptitudes, el progreso de las actividades sería extraordinario, porque á cada manifestación del trabajo irían los indicados por su vocación, y sabido es cómo los esfuerzos bien aplicados ganan en intensidad y perfección. Desgraciadamente la lucha por la vida obliga á las familias á dar colocación á sus hijos acomodándose á las circunstancias, y por esto son los más los que invierten su estudio y trabajo en labores que no corresponden á sus aptitudes, y que contradicen por lo mismo su vocación.

Hijo, Espartero, del dueño de un taller de carretería, era lógico que, para excusarse el padre el pago de un oficial, utilizara el concurso de su hijo. La endeblez física de Espartero movió á lástima á su familia, y sólo vió solución para el conflicto en la carrera eclesiástica.

La vocación de Espartero, á pesar de las circunstancias que le rodeaban, no dejó de ofrecer manifestaciones curiosas, pues se cuenta que, cuando era muy joven, trabajó en el taller de su padre un pequeño cañón de madera, que le permitía lanzar piedras á bastante distancia. El tiempo se encargó de confirmar que estos indicios guerreros estaban más de acuerdo con las aptitudes de Espartero, que la sotana que sus padres habían visto como aspiración suprema.

Aprovechó Espartero la primera ocasión que se le presentó para vestir el uniforme militar, alistándose en 1808 como voluntario en el Cuerpo de estudiantes, denominado *Batallón sagrado*.

A los tres años de estar en la milicia fué nombrado teniente de Ingenieros; hecho que demuestra con qué fe y nobles anhelos había empezado su brillante carrera aquel modesto manchego, para quien la Historia reservaba páginas tan gloriosas.

En 1815 embarcó para América como capitán de Infantería, donde durante ocho años luchó con una bravura por nadie superada, regando con su sangre aquellos campos en diferentes batallas.

Tres veces fué herido luchando contra el prestigioso caudillo americano Lamadrid, en el centro del Perú, y sobre el campo de batalla ganó el grado de comandante, y en la memorable jornada de Sapachuí otro acto de heroísmo le conquistó el grado de teniente coronel. El ascenso inmediato le costó verter la sangre nuevamente en lucha muy porfiada en la batalla de Torata, donde tuvo dos grandes heridas. Como se ve, el bizarro militar manchego no perteneció al grupo de aquellos militares de salón que en pasados tiempos hicieron brillantes carreras sin pagar el tributo de la sangre al uniforme.

Después de la derrota de Ayacucho, Espartero ingresó con el grado de brigadier en el ejército peninsular, y aquí encontró escenario adecuado para poner de manifiesto sus grandes talentos militares y sus disposiciones excepcionales como político y estadista.

La guerra-civil le llevó al campo de batalla, y sus memorables hechos de armas son de los que siempre se recordarán para enaltecer al gran caudillo manchego.

A pesar de los muchos años transcurridos, aun se conmemora la fecha en que consiguió librar á Bilbao del asedio del ejército carlista.

Las fuerzas liberales miraban á Espartero como el genio de la guerra, porque en cien combates había demostrado que á su arrojo y valor indomables sumaba el dominio de todos los recursos de la estrategia. El título de conde de Luchana concedido á Espartero como premio á sus grandes triunfos contra los carlistas en los alrededores de Bilbao, fué un homenaje que la opinión liberal acogió con grandes entusiasmos.

La acción de Guernica es de las que mejor caracterizan el temple de alma de aquel gran caudillo. Rodeadas las fuerzas que mandaba por un ejército carlista muy superior en número, ordenó á sus soldados, que sólo disponían de veinte cartuchos por plaza, atacar al enemigo hasta conseguir abrir brecha en sus filas



EL GENERAL ESPARTERO

y ponerse á salvo. El éxito más completo coronó este acto de arrojo.

Para hablar de sus hazañas en Oñate, Mendi-gorria y otros cien combates más, habría que escribir un libro de muchas páginas.

Sus triunfos, que eran constantes, le dieron el mando como general en jefe de los ejércitos del Norte en 17 de Septiembre de 1836; y los hechos confirmaron más tarde el acierto con que se había procedido, pues la terminación de la guerra se debió, tanto á sus grandes dotes militares, como á las condiciones de diplomático consumado que tuvo que poner en juego.

Mucho debieron lisonjear á Espartero los motivos que tuvieron el Gobierno y la Corona para concederle el título de duque de la Victoria en 1839; pero más, mucho más que esto debió alegrar su alma el ver que la nación entera le

proclamaba *el Pacificador* á raíz del convenio de Vergara.

Su actuación en la política fué de una trascendencia extraordinaria, como lo demuestra el hecho de haber substituído en la regencia del reino á María Cristina, por renuncia de ésta, en 1840.

Como presidente del Consejo de ministros orientó siempre su política hacia soluciones liberales, que estaban en consonancia con lo que en aquella época podía reclamarse de los hombres de tendencias progresivas.

La Revolución de Septiembre no tuvo el concurso de Espartero, porque éste llevaba muchos años en Logroño extraño por completo á las luchas del partido; pero los hombres que dirigieron aquel trascendental movimiento, apenas se posesionaron del Poder, le ofrecieron el homenaje de su admiración y respeto.

En una frase, que se hizo célebre, sintetizó siempre nuestro ilustre paisano su acatamiento á los principios democráticos. «Cúmplase la voluntad nacional», dijo Espartero á raíz de la Revolución de Septiembre, y repitió cuando ocupó el trono el caballeroso Amadeo de Saboya. Este concedió á Espartero el título de príncipe de Vergara.

Tuvo Espartero muchos y entusiastas partidarios de su elevación al trono, y si la edad y los quebrantos de salud no le hubieran tenido incapacitado para una labor de gobierno tan activa y azarosa como la que imponían aquellas graves circunstancias del país, está fuera de toda duda que hubiera llegado á ceñir la corona de San Fernando.

Es inexplicable que una provincia que tiene un hijo tan preclaro, no haga nada que ponga de manifiesto las grandes devociones que siente hacia él.

La circunstancia de casar Espartero en Logroño con la hija de un rico hacendado riojano, no daba motivo á los manchegos para hacerse extraños á las obligaciones anejas á los vínculos de paisanaje.

Hace treinta años fuí á Granátula con el exclusivo objeto de visitar la casa donde nació el príncipe de Vergara; y al penetrar en aquel hogar modestísimo y ver las habitaciones donde estuvo el taller de carretería, la imaginación me representaba la labor de cultura y perseverancia que había tenido que realizar Espartero.

Yo echaba de menos en aquel edificio las obras de ampliación necesarias para instalar un Museo provincial, donde estuvieran reunidas todas las obras que de Espartero se han ocupado, trofeos guerreros, retratos suyos y de la familia, y cuanto pudiera interesar á los que visitasen aquellas tradiciones del gran patricio:

A este propósito recordaba yo cómo en otros países se visitan y veneran, estimando como reliquias de valor inapreciable, cuanto en vida tuvo relación con los hombres que más enaltecieron á su patria, desde la gobernación del Estado ó cultivando algún ramo de la ciencia. El Ayuntamiento de Granátula debió iniciar una suscripción pública para adquirir el inmueble donde nació el gran manchego, y esto era tanto más llano, cuanto que no se hubieran precisado más de 2.000 ó 3.000 pesetas.

Uno de mis primeros actos en la Diputación provincial fué proponer que se erigieran en Ciudad Real dos estatuas: una á Espartero y otra á Monescillo.

En mis viajes por España he visto por docenas estatuas de buenos señores á quienes la Historia no dedica ni una sola línea, porque nada de provecho hicieron durante su vida, y aquellos monumentos no representan otra cosa que la exaltación de los grandes afectos de la familia y de los amigos. Para esto hay que tener el juicio benévolo que merece siempre todo acto que se inspira en propósitos nobles y generosos.

El hecho de tener Espartero una estatua en Madrid y otra en Logroño no excusa á sus paisanos de pagar la deuda de cariño y admiración que con el ilustre caudillo tenemos sin saldar.

RIVAS MORENO



Estatua del general Espartero, en Madrid



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaleza, 132, Madrid

¿HA VISTO UD.

los preciosos tarritos de Talavera (auténticos) que contienen la **CREMA FISAN**, sin grasa?

SEÑORA:

Estamos seguros de que la crema que Ud. usa (sea cualquiera la marca) es inferior a la nuestra.

Para la belleza y salud de la piel nada hay tan perfecto como la **CREMA FISAN**

ES UNA VERDADERA CREACIÓN



◇ ORZA, 2,50 ◇

Loción Fisán, sin grasas ni alcohol, lo mejor para la cabeza, 7 pts.—Polvos Fisán, de 0,60 a 10 ptas. caja.—Colonia Fisán, mejor que la mejor, única antiséptica, 3,50.—Rom-quina, 2.—Polvos dentífricos, 1,50.—Brillantina, 3.—Tintura progresiva para el pelo, 4.—Estuche de propaganda, cuatro productos, una peseta.

FABRICA DE PERFUMERÍA **FISAN**:

NACIONES, 17, Madrid.—Teléfono S-1.008

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

Overland

TRADE MARK REG.

Sus características

Aspecto.—Sus líneas verdaderamente europeas, sus carrocerías perfectamente acabadas y colores acertados le dan el aspecto más atrayente posible.

Funcionamiento.—Siempre satisfactorio en potencia de motor, velocidad, seguridad y fácil manejo.

Comodidad.—La mayor que puede apetecerse, por sus movimientos suavísimos y ballestas cantilever.

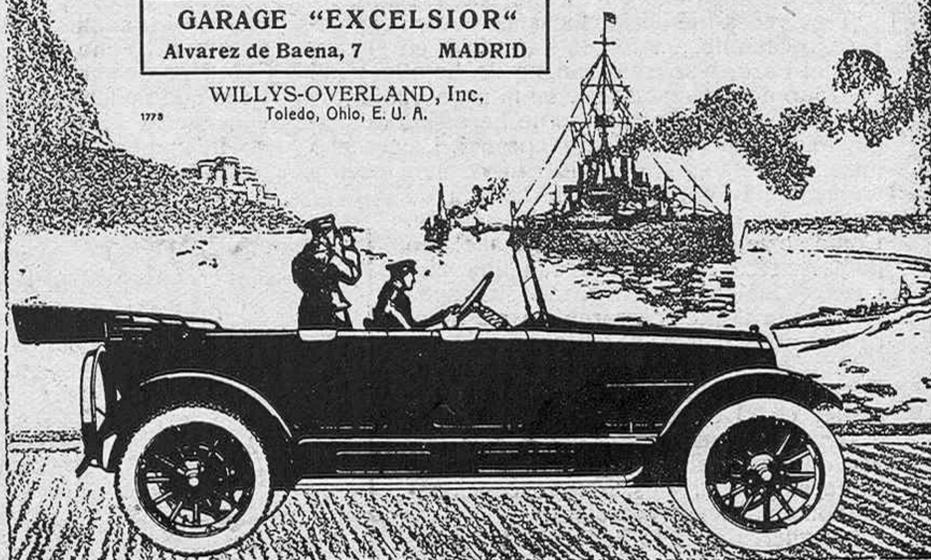
Perfección.—Su motor es una maravilla mecánica, especialmente el arranque automático, reglaje instantáneo del carburador y elasticidad, al mismo tiempo que fortaleza de su maquinaria, le hacen superior a todos.

Precio.—La enorme producción de la fábrica (250.000 coches de construcción al año) permiten dar todo lo dicho en precio módico.

Poseer un «Overland» es tener siempre billetes de Banco en el bolsillo.

GARAGE «EXCELSIOR»
Alvarez de Baena, 7 MADRID

WILLYS-OVERLAND, Inc.
Toledo, Ohio, E. U. A.



YELMO FLORIDO

POR

JOSÉ MONTERO

Libro primorosamente editado, con versos y prosa, á manera de prólogo, de Francés, López Martín, Pérez Olivares, López de Saá y Ramírez Angel.—: Dibujos de Alcalá del Olmo, Antequera Azpiri, Ferrer, Güel, K-Hito, Marin, Ribas, Tito, Varela de Seijas y Verdugo Landi.

Pedidos á «Prensa Gráfica» y á la «Editorial Mundo Latino», plaza del Conde de Barajas, núm. 5, Madrid.

Precio: **4 pesetas** franco correo certificado



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

VIGOR **SALUD**
rápidamente obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

**QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL**

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID



¡Jamás use un Pulimento de Aceite en Ninguno de Mis Muebles!

Deseo Que Siempre Use Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo.

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco, dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos Pianos Automóviles
Linóleo Muebles Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.

Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la **Mortadella "SIBERIA"**

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 13, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a Hermosilla, número 57.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS...	Un año	30 pesetas
»	Seis meses	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
»	Seis meses	20 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

SE HA REPARTIDO

á los suscriptores y lectores de EL SOL el cuarto volumen de su Biblioteca, «Postfigaro», interesante colección de artículos de Mariano José de Larra (Figaro), no recopilados hasta la fecha.

La Biblioteca de EL SOL, que se sirve en combinación con la suscripción á todos los puntos de España, ha repartido los siguientes volúmenes: «Carmen», de Próspero Merimée (ilustraciones de Marín). «Viajes y recuerdos», de Vicente Vera. «El eterno marido», de Dostoievski (traducción de Ricardo Baeza). «Postfigaro» (artículos de Larra), primer tomo.

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO: PESETAS 1,50

La Biblioteca de

EL SOL

tiene en preparación los siguientes volúmenes, que aparecerán en breve: Volumen 5.º: «La monja alférez», por Catalina de Erauso, y «Los españoles pintados por sí mismos», por el duque de Rivas. Volumen 6.º: «Stepantchikovo», novela rusa de Dostoievski (traducción de Ricardo Baeza). Volumen 7.º: «Postfigaro» (2.º tomo).

Precios de la suscripción combinada con derecho á recibir diariamente EL SOL y mensualmente el volumen de la Biblioteca:

Un año	30 pesetas
Seis meses	16 »
Tres meses	8 »

Todo lector de EL SOL, coleccionando los cupones que inserta diariamente, puede canjearlos cada mes por el volumen correspondiente.

La publicidad en el diario

EL SOL

es la más eficaz por lo profuso de la circulación y por la visibilidad que tienen los anuncios, dada la forma en que se ajustan.

La Administración de EL SOL enviará gratuitamente, á cualquiera dirección de España, una suscripción durante quince días. Solicítense, escribiendo claramente nombres, dirección y señas, de la

ADMINISTRACION DE «EL SOL», LARRA, 8, MADRID

**NO PIERDA
TIEMPO**

Y



SUSCRÍBASE A "EL SOL"

en sus oficinas, Larra, 8, ó en su Sucursal de la Librería de San Martín, Puerta del Sol, 6, Madrid. — Sucursal en Barcelona: Rambla de Canaletas, núm. 9.